

el Escarabajo de ORO



Di tu palabra y rómpete

director: abelardo castillo

agosto - setiembre

\$ 3.—



**GARCIA
MARQUEZ:**

*Cómo se escribe
un cuento*

M. LYNCH:
Sentencia

45

*A propósito
de la
tortura*



BLAISTEIN

*Aburrimiento
y
literatura*

*En separata, un
grabado de
Fernando García*



Un dado de
CORTAZAR

Un cuento de
**IRWIN
SHAW**



CAMUS:

*Un texto
desconocido*

LA LITERATURA COMO PODER

(conclusión)*

liliana heker

En el número pasado intenté demostrar que el libro, en tanto creación artística, no tiene en ningún caso la eficacia revolucionaria de un fusil o aún de un texto político subversivo, y que aquellos que han elegido la escritura de novelas o poemas como medio para conseguir que cambien de mano los medios de producción, sin duda han equivocado el camino. Esto no agota el problema del sentido de la literatura; al contrario, le quita su último disfraz, nos pone otra vez ante la pregunta de moda: entonces, ¿para qué sirve la literatura? Considero, desde ya, que la pregunta es puro bizantinismo, un recurso para seguir usando la cabeza y las palabras, cuando no se sabe en qué usarlas. No sería difícil que, dentro de varios años, este "conflicto" de nuestro tiempo sirviera como indicio de la decadencia de cierta casta intelectual burguesa y pequeño-burguesa cada vez más cerrada sobre sí misma, incapaz de creer en nada, incapaz, por lo tanto, de crear —de realizar actos—, incapaz de hacer otra cosa que reflexionar sobre sí misma y su inutilidad. Especie cuya única praxis consiste en demostrar que su no poder no es impotencia o falta de pasión, sino su modesto holocausto a la revolución, o a la Historia. El narrador mexicano Vicente Leñero, en un rapto de videncia, escribe: "Es muy probable que al llegar el año 2000 (...) los novelistas de México insistan en publicar libros, indiferentes a sus ridículos tirajes. Pero serán los últimos estertores de la inevitable agonía. Años más, años menos, la muerte ocurrirá en el siglo XXI". Unos párrafos más adelante, hasta este plazo de medio siglo parece resultarles insoportable, de modo que nos sitúa ante un hecho consumado: "El lector ha muerto, viva el espectador", afirma. Yo no voy a ir tan lejos como Leñero: no voy a dar fechas; pero en cambio intentaré interpretar las "muertes" y el futuro desde el punto de vista socialista. Y bien: es bastante probable que cuando esta intelectualidad negativa y parásita, no-creadora, haya sido largamente superada por la historia, un muchacho obrero o un muchacho

artista (ya veremos hasta qué punto podrían o no ser el mismo) todavía puedan enterarse de cómo actuaba —no actuaba— y se desesperaba esa clase, a través del **Roquentín** de Sartre. Probabilidad que tal vez no alcanza para justificar a Sartre ni a la literatura en general; pero sugiere que, si de inutilidades se trata, hay por lo menos algo más inservible que los escritores: los profetas. Y algo que si vale la pena plantearse es por qué razón, últimamente, desde distintas posiciones ideológicas, se insiste en profetizar la desaparición del libro y del arte en general. Según el estructuralista Genette: "El día en que el libro haya dejado de ser el vehículo principal del saber, ¿no habrá cambiado el sentido de la literatura? Quizá estemos viviendo simplemente los últimos días del libro". Según el teórico marxista Lefebvre: El arte, en tanto actividad especializada, nació históricamente y desaparecerá, como la filosofía, como la política y el Estado, esas excrecencias, ilusorias por superfetatorias y exteriores, productoras de exterioridad". A simple vista se nota que las dos "profecías" se basan en premisas que se excluyen entre sí: la primera, condena al libro porque es un objeto sólo utilitario; al perder su utilidad, el libro desaparecerá. La otra, lo condena porque es un artículo superfluo; en una sociedad que no estuviera vanamente organizada, no tendría sentido un artículo vano como **Bola de Sebo**. O como la sinfonia **Heroica**. Aparece claro que por lo menos una de estas dos posiciones debe estar equivocada. O que las dos son incompletas: no definen sino de una manera parcial la función del arte. En lo que atañe a la "duda" de Genette, no parece del todo fundada: aún en las épocas en que el libro era el principal vehículo del saber, transmitir conocimientos no ha sido la finalidad esencial de la literatura; no, al menos, como lo hace un libro científico (y aún de este tipo de libros, no estamos en condiciones de afirmar que perderán vigencia; es claro que la televisión, el cine) la cinta magnetofónica, etc., pueden llegar a tener una importancia real en la instrucción, y aun cumplir roles que le están

* Ver *Escarabajo de Oro*, N° 42 y 43.

(Pasa a pág. 16)

EL ESCARABAJO

DE ORO



DIRECTOR
ABELARDO CASTILLO

SUBDIRECCION
LILIANA HEKER



COLABORADORES INMEDIATOS

Rubén Alvarez, Víctor García Robles, Sylvia Iparraguirre, Bernardo Jobson, Amílcar G. Romero, Irma Tellier

COLABORADORES PERMANENTES

ARGENTINA: Carlos Alonso, Isidoro Blainstein, Carmelina y Luis Castellanos, Haroldo Conti, Humberto Costantini, Beatriz Guido, Arnoldo Liberman, Marta Lynch, Elbia de Marechal, Augusto Roa Bascos, Ernesto Sábato, Dalmiro Sáenz, Raúl Schurjín, Armando Tejada Gómez. COLUMBIA: Carlos Alvarez. CUBA: Roberto Fernández Retamar. CHILE: Fernando Alegria, Pedro Lastra, Nicanor Parra, Gonzalo Rojas. ESPAÑA: Félix Grande, Fernando Quiñones. FRANCIA: Julio Cortázar, Juan Boscá. PERU: José Miguel Oviedo. POLONIA: Jozas Kekstas.

SUSCRIPCION A 12 NUMEROS \$ 2.000. (20).

SUSCRIPCION A 6 NUMEROS \$ 1.00 (10) ó 6 y 3 DOLARES, RESPECTIVAMENTE

Propiedad Intelectual N° 903.397

MAZA 1511, 29 C, BUENOS AIRES

"En 1943, en las instalaciones de la Gestapo (Rue Lauriston) había franceses que gritaban de angustia y de dolor. Francia entera los oía. El resultado de la guerra era incierto y no queríamos pensar en el porvenir. Una sola cosa nos parecía imposible: que un día se pudiera hacer gritar a otros en nuestro nombre. Lo imposible no es francés: en 1958, en Argel, se tortura regularmente, sistemáticamente".



abelardo castillo

a propósito de

LA TORTURA

Cuando en 1960, en *El Grillo de Papel*, copiábamos estas palabras de Jean-Paul Sartre (1) no imaginábamos que lo imposible también podía ser argentino. Éramos muy jóvenes, no teníamos por qué tener memoria, nos revolvió el estómago un libro de Henry Alleg sobre la tortura ("...he visto a prisioneros arrojados de un piso al otro a cachiporrazos; idiotizados por la tortura y los golpes, sólo sabían murmurar en árabe las primeras palabras de una antigua plegaria"); estas cosas sucedían lejos o habían sucedido, eran casi literatura. Nos habían hablado, sí, de los hermanos Cardozo, sabíamos que durante el gobierno de Aramburu se torturó y asesinó en nombre de una llamada revolución libertadora. Pero estas cosas, para nosotros, ya pertenecían a la historia. Ser contemporáneo, en 1960, era firmar un manifiesto por Argelia, por los masacrados de Johannesburgo y Capetown, por Caryl Chessman y la abolición de la pena de muerte en los Estados Unidos, Djamilia Bupasha, la muchacha argelina torturada en Hussein Dey por los militares franceses, parecía más cercana que los obreros fusilados unos años atrás, por los militares argentinos, contra un tapial del frigorífico La Negra, a dos cuadras de Pavón y Mitre. Bastó una década para pasar de la juventud a la madurez, de la indignación humanística al horror argentino. Lo imposible, ya sucede en nuestro país. Henry Alleg escribía: "De pronto me revolvi en mis ligaduras y aullé con toda mi voz, acababan de meterme en el cuerpo la primera descarga eléctrica (...) J. me hundió mi camisa en la boca y volvió a empezar el suplicio; de repente sentí algo así como la salvaje mordedura de un animal que me arrancase la carne a tirones: siempre sonriente sobre mí, J. me había conectado la pinza en el sexo". A doce años de aquella lectura, su

horror casi parece retórico al cotejarlo con éste, de una muchacha argentina: "Al quinto día me volvieron a llevar. Uno de los torturadores me lamía el pecho entre jadeos. Me violaron y me decían que me iban a reventar, que tenía media matriz afuera. Perdí el conocimiento". (Elena Codan, publicado por *Nuevo Hombre*, abril de 1972). Lo imposible se ha puesto a asesinar. Porque no estamos hablando del aparato jurídico de coerción que, puesto en marcha por Onganía con las leyes Anticomunista y de Defensa, crecería monstruosamente hasta culminar en la invención de un fuero antisubversivo y en la implantación de la pena de muerte por delitos políticos; la represión, al fin de cuentas, es la autodefensa de los Estados po-

liciales. Y el Estado policial, en cualquier lugar del mundo, no sólo es responsable de la represión sino que hasta la asume, se acepta responsable. Y de lo que aquí se trata es de que hoy, en nuestro país, alguien tortura y asesina y nadie es responsable. Los obreros Monti y Lawchowsky desaparecen misteriosamente y se los suplicia hasta matarlos, y es el propio gobierno el que asegura que se investigará hasta dar con los culpables. Alguien asesina a Maestre, secuestra a los abogados Jozami y Martins, y alguien le aplica la picana eléctrica en los testículos a un profesor universitario. ¿Quién? Lo imposible. Un terror casi fantasmal pero demasiado bien organizado y eficaz para ser abstracto, un Terror que, como los hechos lo demuestran, ya ni el gobierno puede controlar. "Me llevaron encapuchado, esposado y tirado sobre el piso de un automóvil a un lugar cercano a La Plata, donde comenzó la tortura. Esta consistió en la aplicación de picanas en distintas partes del cuerpo, en particular pecho y genitales. También fui golpeado y escarneado intelectualmente", dice la carta del profesor Mosquera al presidente de la Asociación Física Argentina, y dice: "A eso de las 15 horas del mismo martes 11 recomendó la función (...) Utilizaron dos picanas simultáneamente y me amenazaron con torturar a mi padre si no respondía de acuerdo a sus intenciones. Alrededor de las 19 horas termina esta sesión y me hacen un simulacro de fusilamiento". No falta nada, como se ve. Ya no tenemos nada que envidiarle al Argel de Alleg o a aquella rue Lauriston, sede de la Gestapo, de la que salían los gritos que iban a golpear por la noche a todas las puertas de París. Casas del Terror, picanas en los genitales de hombres y mujeres, y hasta de muchachas encintas. Y también la vejación intelectual, y también el cinico sadismo de un simulacro de fusilamiento. La única diferencia es que Argel estaba ocupado por un ejército francés y Francia por un ejército alemán. ¿Quién, qué ejército de ocupación extranjero o qué asesinos sobrenaturales han caído sobre los argentinos. ¿Y cuál es la próxima casa a la que entrarán con sus ametralladoras y su locura: la tuya, que estás leyendo esto, la de tu padre, la nuestra, cuál es el próximo argentino que va a amanecer en una zanja con un balazo en la nuca? Porque ellos entran en cualquier casa. No son siquiera la represión no son tampoco "la violencia engendrada por la violencia". Son indiscriminados como una enfermedad: son una enfermedad. Tienen la lógica de la Peste. ¿Cuál fue por ejemplo el delito que cometió el profesor Mosquera? "Lo único que pueden imputarme es poseer una biblioteca dotada de distintas ramas de la ciencia, y de

(1) "La tortura, a propósito de un libro de Henry Alleg", por Arnoldo Liberman, *El Grillo de Papel*, No. 4, julio de 1960.

El primer año de vida de un sello argentino

Colección de Poesía
Papeles para el Arca

Raúl Santana: Diario de metáforas (agotado)

Julio César Baudouin: La calle de las tantas cosas

Víctor Taphanel: Poemas en 9 y 1/2

Luis Pazos: El cazador metafísico

Federico Gorbea: Logopea

Amahí Saraceni: De aquí a ayer

Hugo Pérez de Sanctis: Prontuario en el sol

Oswaldo Rossler: Retratos

Luisa Futoransky: Lo regado por lo seco

Narradores

Asher Benatar: Pido, no juego más

Hugo Loyácono: Cuentos fantásticos

Victoria Pueyrredón: Destinos

Serie Reunión

El cuento de España
Nueva poesía joven en Chile

Próximos títulos:

Griselda Gambaro: Nada que ver con otra historia, **Augusto Boal:** Tres obras de teatro; **Saúl Sosenowski:** Cortázar, una búsqueda mítica; El humor de Jalí; **Michel Tort:** El psicoanálisis en el materialismo histórico.



Ediciones Noé

Tucumán 1655 - 3º D

Tel. 46-9301

Buenos Aires - Rep. Argentina

A propósito de...

mi ideología política". No, ellos no son una consecuencia del terrorismo: son el terrorismo. Peor que eso, son el Terror. De ahí que hasta un gobierno como el nuestro, vale decir un gobierno de fuerza, se vea obligado a condenar enfáticamente una violencia que es parte del propio sistema que representa. La justicia burguesa ejecutada o no por una Junta Militar, y aunque uno se reserve el derecho de pensar que esta justicia es una parodia de la Justicia, una deformación obscena, adopta al menos apariencia racional. Encarcela en nombre de un Mundo Libre, es cierto, y de tanto en tanto mata invocando la mansedumbre de Jesús. Pero no se atreve a condenar a recibir una descarga eléctrica en la vagina o un puntapié en los testículos. Su injusticia esencial, su violencia coercitiva manifiestan la caducidad de este sistema de vida; la tortura hecha ley, manifiesta su animalidad. El gobierno puede asumir, y asume, la masacre de 16 guerrilleros en la base naval de Trelew. Fallecieron al intentar huir, informan los comunicados, con un fatalismo distraído que sería cómico si no fuera siniestro. Fallecieron, como si se debiera pensar que la agitación de la huida les produjo un infarto. De todos modos se acepta, se justifican estas muertes. Se las asume en nombre del Deber: "El pueblo todo sabrá una vez más de la absoluta limpieza de procedimientos de los efectivos de las FFAA que, al ser enfrentados, debieron actuar de la única manera que podían y debían hacerlo" (2). Lo que ningún Estado puede asumir son las torturas, las desapariciones, los vejámenes y el cuerpo macerado de los muertos a un costado del camino. Ya no cabe, entonces, ninguna reclamación: hay que esperar que los gritos golpeen la puerta de nuestra casa. O que ellos golpeen. O de lo contrario hay que hacer algo; nosotros, no el gobierno. Nos dan ganas de escribir, una vez más, que hay momentos en que todos somos responsables. Cuando los dirigentes de un país no pueden evitar que se cometan crímenes en su nombre, escribió más o menos Simone de Beauvoir, todos los ciudadanos pertenecen a una nación criminal. Habrá que llamar a las cosas por

(2) Teniente General Lanusse, discurso del 24 de agosto. Que las Fuerzas Armadas estuvieran realmente armadas, y que sus efectivos sumaran más de mil infantes de marina contra 19 guerrilleros sin armas, entre los que había tres mujeres, al parecer no hace a la cuestión.

su nombre. No queremos ser víctimas; ¿aceptaremos ser criminales? Hace falta documentar y denunciar. Ante un hecho consumado (el descubrimiento de la Casa del Terror, la certificación de que Jozami estaba en poder de la policía) ningún gobierno puede simular ignorancia: debe ordenar la devolución de un hombre desaparecido, debe investigar. La movilización de grupos antirrepresivos ha conseguido, en algunos casos, neutralizar la barbarie. El movimiento masivo de los estudiantes y profesores de Ciencias Exactas, en La Plata, que se enfrentó a la policía hasta conseguir la libertad del profesor Mosquera, la movilización de intelectuales, periodistas, abogados, por la libertad de Casiana Ahumada, Jozami, Rusconi, la resistencia de los rehenes de Villa Devoto, todo eso está marcando el camino de lo que podemos hacer sin esperar a que nadie lo haga por nosotros. Ya es casi una cuestión de amor a la vida.

Necesitamos terminar. Se hace difícil escribir estas cosas, solo que también resulta imposible escribir otras. Callar, es ensuciarse. Y es difícil escribir porque, junto a la invencible sensación de repugnancia física que se experimenta, se tiene una extraña sensación de irrealidad. ¿Vivimos, realmente, en un mundo donde ocurren cosas como éstas? ("la pusieron en el baúl de un automóvil, el coche paró en una casa donde la desnudaron y la estaquearon, aplicándole dos picanas en todo el cuerpo, principalmente en la vagina, y golpes durante cuarenta y ocho horas... Se infectó y al verla muy mal la trasladaron a otra casa de la ciudad donde un médico del ejército le hizo durante cuatro días un fuerte tratamiento con antibióticos. Cuando mejoró volvieron a golpearle la cara con trompadas y en el vientre mientras le explicaban que estaba sola, que ya nadie se ocupaba de ella, que su familia la creía muerta. Le dieron a elegir entre más picana o pasar por los 25 guardias que estaban allí" (3), qué digo en un mundo, ¿vivimos realmente en un país así? Entonces ya ni siquiera se trata de una cuestión de amor a la vida; se trata de una cuestión de dignidad humana. Cuando una sociedad no solo encarcela y mata, sino que humilla a los hombres, y los degrada, y los veja, esa sociedad ha llegado a su último límite, porque ya está podrida hasta la náusea. Y entonces, todo lo que se haga para acelerar su descomposición es legítimo. Es un acto de caridad hacia los hombres, hacia lo que todavía queda de humano en los hombres; es más que una necesidad histórica: como diría Marechal, es casi obedecer a Dios.

(3) Testimonio de la hermana de Norma Morello, La Comuna, No. 5.

irwin shaw

CUENTO

las principales
corrientes
del pensamiento
americano

IRWIN SHAW. — Norteamericano (1913). dramaturgo, cuentista, escritor "fantasma", libretista y anónimo colaborador en tesis doctorales, aparte de estrella colegial de fútbol. Antibelicista, perteneció (al menos en su mejor época) al tipo de escritor predilecto del senador Mc Carthy. Aquí mismo, en Buenos Aires, una noche tirotearon el teatro donde se representaba su obra ENTERRAD A LOS MUERTOS. En 1944 ganó el primer premio del O'Henry Memorial. Su último libro de cuentos, MIXED COMPANY, lo coloca definitivamente entre los mejores narradores norteamericanos. ¿Una prueba?: este relato.

"Flacker: muy bien, ahora, Kid, es mejor que hables", dictó Andrew. "Paréntesis: sonido de una puerta al cerrarse y la lenta vuelta de una llave en la cerradura. Buddy. Tú nunca me vas a hacer hablar, Flacker. Paréntesis: Sonido de una bofetada. Flacker: Quizás esto te haga cambiar de opinión, Kid.

¿Dónde está Jerry Carmichael? Buddy: (riéndose) ¿No te gustaría saberlo, Flacker? Sí. (Lentamente en tono amenazante). Y lo voy a investigar. De una manera u otra, ¿ves? Paréntesis: El aullido de la sirena disminuye sube de tono y vuelve a disminuir. Anunciador: ¿Hablará Buddy? ¿Lo obligará Flacker a revelar el escondite del hijo rescatado del rey de los ferrocarriles? ¿Llegará Dusty Blades a tiempo? Descúbrelo el lunes a la misma hora, etcétera, etcétera..."

Andrew se desplomó sobre el sofá y levantó los pies. Se desplazó y suspiró mientras veía como Lenore terminaba de garabatear el dictado en una libreta de taquigrafía.

—Treinta dólares —dijo él—. Aquí tenemos otros treinta dólares. ¿Cubrimos el espacio requerido?

—Ajá —replicó Lenore—. Once y media páginas. Este es muy bueno, Andy.

—Sí —replicó Andrew con los ojos cerrados—. Dignos de colocarse en un estante al lado de Moby Dick.

—Es muy emocionante —insistió Lenore poniéndose de pie—. No sé por qué te quejas.

—Eres una chica adorable —afirmó Andrew. Se puso las manos sobre los párpados y se froto los ojos una y otra vez—. Tengo una especie de arenilla en los ojos. ¿Duermes por la noche?

—No trates así tus ojos —pidió Lenore a tiempo que se ponía el abrigo—. Lo único que haces es lastimarlos.

—Tienes razón.

Andrew presionó los puños contra los párpados y los hizo girar lentamente.

—No sabes cuánta razón tienes.

—Mañana, ¿a las diez en punto? —preguntó Lenore.

—A las diez en punto. Arráncame de los brazos del sueño. Dejaremos a Dusty Blades a merced de su destino esta semana y continuaremos con las aventuras de Ronnie Cook y Sus Amigos: cuarenta dólares por libreto. Siempre prefiero más o Ronnie Cook que a Dusty Blades. ¿Ves lo que significan diez dólares para un hombre?

Abrió los ojos y contempló a Lenore ponerse su sombrero frente al espejo. Ella no era tan insípida si se la veía con los ojos entrecerrados. Se sentía apenado con Lenore: insípida como el agua, con un rostro descolorido, una cabellera estirada hacia arriba como una cuerda, y sin ningún hombre en su expediente. En ese momento se colocaba un sombrero rojo, con una especie de adorno tipo escalera a un lado. Se le veía chistoso y triste a la vez. Andrew se dio cuenta de que era un nuevo sombrero.

—Es un sombrero muy bonito —comentó.

—Lo pensé mucho antes de comprarlo —informó Lenore, ruborosa al ver que él lo había notado.

—¡Harriet! —gritó la institutriz en la callecita aledaña, a la nena de los vecinos—. ¡Harriet, sal de allí en seguida!

Andrew se volvió sobre el estómago en el sofá y se puso una almohada sobre la cabeza.

—¿Tienes alguna idea sobre Ronnie Cook y Sus Amigos para mañana? —le preguntó Lenore.

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

El sujetó la almohada contra la cabeza.

—Se te ocurrirá algo mañana —aseguró Lenore—. Siempre se te ocurre.

—Sí —replicó Andrew.

—Necesitas unas vacaciones —afirmó Lenore.

—Vete.

—Adios —dijo Lenore dispuesta para salir—. Que duermas bien.

—Lo que tú digas.

Andrew la observó con el rabillo del ojo mientras ella se dirigía al pórtico en el que le gustaba trabajar, atravesaba la sala, el comedor y tomaba las es-

caleras. Tenía bonitas piernas. Siempre era sorprendente que una chica con una cara como la suya tuviera bonitas piernas. Pero tenía vellos en las piernas: no era una chica afortunada.

—Oh, no —dijo Andrew una vez que ella hubo cerrado tras sí la puerta—. No es una chica infeliz.

Cerró los ojos y trató de dormir. El sol entraba por las ventanas abiertas; las cortinas se movían con suavidad por encima de su cabeza; el sol caía tibio y confortante sobre sus párpados. Al otro lado de la calle, en el campo público de atletismo, cuatro muchachos lanzaban monedas al aire. Luego se oíría el agradable golpe del bat y, poco después, el zumbido de la pelota al caer en la manopla del jardinero central. Los altos árboles tan viejos como Brooklyn, susurraban quedo de vez en cuando, al ser sacudidos por ligeras ráfagas de viento que se desplazaba sobre el campo de beisbol.

—¡Harriet! —gritó la institutriz—. ¡Deja eso o te dejaré sola en el rincón toda la tarde! ¡Harriet! ¡Te ordeno que dejes eso!

La institutriz era una francesa. Poseía el único acento francés desagradable que jamás hubiera escuchado Andrew.

La nena empezó a chillar:

—¡Mamá! Mamá! ¡Mamá, me quieren pegar!

La nena odiaba a la nana y la nana odiaba a la nena, y continuamente se delataban entre sí con la madre de la nena.

—¡Mamá!

—Eres una pequeña mentirosa —gritó la institutriz—. Crecerás y serás una mentirosa toda tu vida. No habrá esperanza para ti.

—¡Mamá! —clamó la nena.

Entraron en la casa y volvió a reinar la calma.

—¡Charlie! —gritó uno de los chiquillos en el campo de beisbol—. ¡Mándamelo, Charlie!

El teléfono repiqueteó, cuatro veces, y Andrew oyó que su madre contestaba. Ella se acercó hacia él.

—Es un hombre del banco —informó ella—. Quiere hablar contigo.

—Debiste haberle dicho que no estaba en casa —dijo Andrew.

Irwin Shaw

—Pero estás en casa —replicó la madre—. ¿Cómo iba a saber que...?

—Está bien —interrumpió Andrew, que movió las piernas y se sentó—. Está muy bien.

Se dirigió al comedor, llegó hasta el teléfono, y habló con el empleado del banco.

—Tiene un déficit de ciento once dólares —le informó el hombre del banco.

Andrew pestañeó en dirección de su madre que, sentada al otro lado, contestó:

—Qué vergüenza —dijo su madre—. Deberías ser más metódico.

—Sí —aceptó Andrew y echó a caminar hacia el vestíbulo.

—Eres terriblemente descuidado —regañó su madre sin dejar de seguirlo—. Deberías en realidad llevar la contabilidad de tu dinero.

—Sí —aceptó Andrew, sentándose en el sofá.

—Dame un beso —pidió su madre.

—¿Por qué?

—Por nada— rió ella.

—O.K. —concedió él.

La besó y ella lo sujetó por un momento. El se dejó caer al sofá. Ella le pasó los dedos por debajo de los ojos.

—Tienes ojeras —dijo ella.

—Tienes razón.

Ella lo besó de nuevo y se marchó al interior de la casa. El cerró los ojos. Desde el interior de la casa le llegaba el ruido de la aspiradora. Andrew sintió que sus músculos se contraían en señal de protesta contra la aspiradora. Se puso de pie y se dirigió a su habitación, donde ella hacía funcionar el aparato hacia adelante y atrás, por debajo de la cama. Ella tenía una rodilla en el suelo y se agachaba para ver el proceso de su tarea.

—¡Eh! —gritó Andrew—. ¡Oye mami!

Ella apagó el aparato y lo miró:

—¿Qué pasa?

—Estoy tratando de dormir —dijo él.

—Bueno, ¿por qué no duermes?

—La aspiradora. Sacude la casa. Su madre se puso de pie; las líneas del rostro se le endurecieron.

—Tengo que limpiar la casa, ¿no?

—¿Por qué tienes que limpiar la casa cuando trato de dormir?

Su madre se agachó de nuevo.

—No la puedo usar cuando trabajas. No la puedo usar cuando lees. No la puedo usar sino hasta las diez en punto de la mañana porque duermes.

Ella puso en marcha el aparato.

—¿Cuándo voy a limpiar la casa? —preguntó ella por encima del ruido producido por la aspirado-

ra—. ¿Por qué no duermes de noche como todo el mundo?

Ella inclinó más aún la cabeza y, vigorosamente, empujó el aparato hacia adelante y atrás:

Andrew la observó por un momento. Ninguna explicación. El ruido de la aspiradora le ponía los nervios de punta. Salió del cuarto tras de dar un portazo.

El teléfono estaba repiqueteando, lo descolgó y dijo:

—Hola.

—¿Andrew? —preguntó la voz de su agente.

Su agente también era de Brooklyn, pero pronunciaba la A muy ampliamente, con lo que impresionaba a actores y patrocinadores.

—Sí, éste es Andrew —replicó Andrew en la forma usual con que le contestaba siempre, pero que el agente no parecía comprender—. No tenías porque llamar. Los libretos de Dusty Blades están terminados. Los tendrás en tu poder mañana.

—Te llamo por otra cosa, Andrew —repuso su agente con un voz tersa e insinuante en el teléfono—. Se acumulan las quejas sobre los libretos de Blades. Son tan aburridos como un libro serio. Nunca sucede nada. Andrew, no escribes para el Atlantic Monthly.

—Sé que no escribo para el Atlantic Monthly.

—Creo que agotaste tu material aventurero su agente suave y tersamente.

—¡Vete al diablo, Hernán! —espetó Andrew, pues sabía que Hernán había encontrado quien le hiciera los libretos por menos precio.

—Esa no es una forma decente de hablar, Andrew —aseguró Hernán con una voz todavía suave aunque un poco dolida—. Después de todo, yo soy quien recibe las quejas en el estudio.

—Pobre Hernán —dijo Andrew—

Qué cuadro tan triste. Colgó.

Se frotó meditativo la nuca; volvió a sentir la pequeña protuberancia detrás de la oreja.

Entró en su cuarto, y se sentó a contemplar las notas para su obra de teatro, esparcidas en desorden sobre el escritorio, en donde se hacían viejas. Sacó su chequera, y los recibos de gastos hechos durante el mes anterior, y los acomodó frente a él.

“Ciento once dólares”, murmuró para sus adentros, mientras comprobaba, sumaba y restaba. Tenía los ojos fatigados por el esfuerzo y las manos temblorosas a causa de la aspiradora que todavía rugía en el cuarto de su madre. Habían llegado más muchachos al campo atlético, formaban un equipo, lanzaban la pelota hacia las bases, y se gritaban entre sí.

Doctor Chalmers: setenta y cinco dólares. Para el estómago de su madre.

Ochenta dólares de renta. El techo colocado sobre su cabeza equi-

valía a dos números de Ronnie Cook y Sus Amigos. Cinco mil palabras para renta.

Buddy estaba en manos de Flacker. Flacker lo podía torturar durante seis páginas. Entonces, Dusty Blades tendría que precipitarse al rescate acompañado de Sam, en un bote, y allí se produciría una entrada de agua porque el remero estaba pagado por Flacker. En las seis páginas siguientes se produciría una pelea. El remero podía tener una pistola escondida. No, no resultaría plausible porque ya habrían aparecido otras cuatro antes.

Muebles: ciento treinta y siete dólares. Su madre siempre había querido una buena mesa de comedor. No tenía criada, alegaba, así que merecía una buena mesa de comedor. ¿Cuántas palabras por una mesa de comedor?

—Vamos, amigo, que sean dos —gritaba el hombre de la segunda base en el campo—. ¡Dóblalos!

Andrew sintió deseos de tomar su viejo guante, y salir a unirseles. Cuando todavía iba a la escuela salía a la diez de la mañana los sábados, solía lanzar monedas al aire, saltar en el campo, y correr todo el día a practicar diversos juegos hasta que la oscuridad impedía la visibilidad. Ahora siempre se sentía cansado; incluso cuando jugaba al tenis no movía el pie derecho de cansancio, así que pegaba mal al usar un solo pie.

—España: cien dólares. ¡Oh, Dios mío!

Flacker está a punto de matar a Buddy de rabia y desesperación. Irrumpe Dusty solo. Sam está he-

CENTRO EDITOR
de AMERICA LATINA

BERNARDO
JOBSON

el fideo
más largo
del mundo

Cuentos

Colección

narradores de hoy

ruido. Camino del hospital. Entretenen a Buddy un momento antes de que llegue Dusty. Flacker, muy suave y meloso. Confrontación.

—¿Dónde está Buddy, Flacker?

—Te refieres al pequeño joven?

—Me refiero al pequeño joven. Flacker.

Cincuenta dólares para la maestra de piano de Dorothy. Su hermana. Otra chica insípida. Por lo menos podría aprender a tocar el piano. Entonces, un buen día se acercarian a decirle: "Dorothy está lista para hacer su debut. Lo único que le pedimos es que rente el Town Hall un miércoles por la noche. Adelante el dinero". Ella nunca se casaría. Era demasiado lista para los hombres a quienes pudiera interesar, y demasiado simple para los hombres por quienes ella se interesaba. Ella se compraba los vestidos en Saks. Tendría que mantener toda la vida a una hermana que sólo compra sus vestidos en Saks, y pagarle cincuenta dólares mensuales a su maestra de piano. Solamente tenía veinticuatro años, o sea que tendría una vida normal de espera de unos cuarenta años, doce veces cuarenta, más vestidos en Saks y Town Hall de vez en cuando...

La dentadura de su padre: noventa dólares. El dinero que costaba mantener viva la lucha perdida de un hombre contra la edad.

El automóvil: novecientos dólares. Un cheque de novecientos dólares parecía tan austero e impresionante como una institución

penal. Partiría en el automóvil, encontraría un lugar aislado en las montañas, escribiría una pieza de teatro. Sólo que nunca podía llegar más allá de Dusty Blades y Ronnie Cook y Sus Amigos. Veinte mil palabras por semana, cada semana, recurrentes como los domingos en el calendario. ¿Cuántas palabras tenía Hamlet? ¿Treinta, treinta y cinco mil?

Veintitrés dólares a Best's. El suéter de Martha para su cumpleaños.

—Di sí o no —se quejó Martha el sábado por la noche. Quiero casarme y he esperado mucho.

Si uno se casa se paga renta en dos lugares, gas, luz, teléfono, dos veces; se compran medias, vestidos, pasta dental, atención médica para la esposa.

Flacker jugó con algo en su bolsillo. Aparece la mano de Dusty, lo agarra por la muñeca, tira de su mano. La navajita de Buddy, la misma que Dusty le dio como regalo de cumpleaños, se encuentra en manos de Flacker.

Flacker, dime donde está Buddy Jones o te haré pedazos a puño limpio.

Suena un gong. Flacker ha pisado la alarma. Se abre la puerta y el cuarto se inunda con sus secuaces.

Veinte dólares a Macy por libros: Parrigton, Las principales corrientes del pensamiento americano. ¿Qué tiene que ver Dusty Blades con Las principales corrientes del pensamiento americano?

Diez dólares al doctor Farber. —No duermo en la noche. ¿Me puede ayudar?

—¿Toma café?

—Tomo una taza de café en la mañana. Eso es todo.

Pastillas para antes de dormir. Diez dólares. Rescatamos nuestra vida de manos del médico.

Al casarse se alquila un departamento en el centro porque es tonto vivir en Brooklyn así; se compran muebles, cuartos llenos de muebles: camas, sillas, secadores de platos, parientes. La familia de Martha estaba pobre y cada vez menos joven: finalmente, habría tres familias, con renta, ropa, médicos, y pompas fúnebres.

Andrew se puso de pie y abrió la puerta de la alacena. Adentro estaban apilados en orden los libretos escritos por él durante los últimos cuatro años. Ocupaban todo el interior de la alacena: formaban un puente de un millón de palabras de una pared a la otra. Cuatro años de su trabajo.

El próximo libreto. Los secuaces acorralan a Dusty. El oye los gritos de Buddy en el cuarto anexo...

—¿Cuántos años más?

La aspiradora rugió.

Martha era judía. Aquello significaba que tendrían que men-

tir en algunos hoteles a los que tuvieran que ir. Y nunca podrían escapar a la mezquindad del mundo a su alrededor; tendrían que capear de la mejor manera las tormentas que se desataran.

Se sentó delante de su escrito. Otra vez cien dólares por España. Barcelona había caído. Largos éxodos polvosos se abrían paso hacia la frontera francesa con los aviones volando sobre sus cabezas. Se despertaba en uno un sentimiento de culpa por no estar también en una carretera polvorienta, con los pies sangrantes, y temeroso de la muerte. Por eso se envían cien dólares, siempre con el sentimiento de que aquello no era bastante, de que nada de lo que se les pudiera dar podría ser suficiente. Tres números y un tercio de las Aventuras de Dusty Blades por los muertos y los moribundos de España.

El mundo impone día a día nuevas cargas sobre la espalda de los hombres. Uno levanta una libra y se sorprende cargando una tonelada. "Cásate conmigo", pide ella. "Cásate conmigo" ¿Qué hace entonces Dusty? ¿Qué diablos puede hacer que no haya hecho antes? Durante un año de cinco tardes la semana. Dusty ha estado en manos de Flacker, o en las manos de alguien que no es Flacker, pero que él le paga, y siempre ha escapado. ¿Cómo puede hacerlo ahora?

La aspiradora rugió en el pasillo afuera de su cuarto.

—¡Ma! —gritó—. ¡Por favor, apágala!

—¿Qué dices? —gritó su madre.

—Nada.

Sumó las cuentas del banco. Su resultado mostraba un déficit de cuatrocientos doce dólares en lugar de ciento once como afirmaba el banco. No se sintió con jeseos de rectificar las cantidades. Puso los recibos y el informe del banco en un sobre para devolución de ingresos.

—¡Pégale, Charlie! —gritó un muchacho en el campo—. ¡Mánjala rápido!

Andrew sintió ganas de salir a jugar con ellos. Se cambió de ropa y se puso un par de viejos pantalones que estaban en el fondo de la alacena. Sus viejos pantalones le quedaban apretados. Gordo. Si se descuidaba, si algo que sucediera le impidiera hacer ejercicio, explotaría como un globo; si se enfermaba, y tenía que guardar cama, convalecer... Quizás Dusty tuviera un cuchillo en una funda por arriba de la manga... ¿Cómo plantearlo? La renta, la comida, la maestra de piano, las empleadas de Saks que le vendían vestidos a su hermana, las ágiles muchachas que pintaban las chucherías de hojalata en el taller de su padre, la dentadura de su padre, los médicos, todos viviendo a ex-

Colección

narradores de hoy

LILIANA
HEKER

acuario

Cuentos

CENTRO EDITOR
de AMERICA LATINA

Irwin Shaw

pensas de las palabras que tendrían que ocurrírsele en la cabeza. Vamos, Flacker, sé lo que tramabas. Paréntesis: Sonido de un disparo. Un quejido. ¡Aprisa, antes de que el tren llegue al empalme ¡Cuidado! ¡Nos persigue! ¡De prisa! ¿Lo conseguirá? ¿Les ganará la delantera Dusty Blades a la desesperada pandilla de malhechores y asesinos en su carrera hacia el yate? ¿Podrá detenerlo? Los años, los años por delante... Se engorda y las arrugas debajo de los ojos se vuelven permanentes, se bebe demasiado, se paga más a los médicos porque la muerte se halla más cerca y no hay un alto, ningún descanso de la vida. Nunca se puede decir:

—Quiero permanecer sentado este año, tenga la amabilidad de disculparme.

Su madre abrió la puerta.

—Martha está en el teléfono.

Andrew hizo resonar sus zapatos de béisbol contra el piso, sin dejar de sostener su viejo y raído guante de jardinero central. Cerró la puerta del comedor para demostrarle a su madre que aquella sería una conversación privada.

—Hola. Sí —saludó con gravedad—. No. Supongo que no. Adiós. Buena suerte, Martha.

Se quedó viendo hacia el teléfono. Su madre entró. El levantó la cabeza y se dispuso a salir.

—Andrew —dijo ella—. Quiero pedirte algo.

—¿Cómo?

—¿Me podrías facilitar cincuenta dólares. Andrew?

—¡Oh cielos!

—Es importante. Sabes que no te los pediría si no fuera importante. Son para Dorothy.

—¿Para qué los necesita?

—Va a una fiesta, a una fiesta muy importante en la que estarán muchas personalidades. Es seguro que la inviten a bailar y...

—¿Cuestan cincuenta dólares las invitaciones?

Andrew pateó el peldaño superior, y un pequeño pedazo de lodo seco se desprendió de sus zapatos.

—No, Andrew —protestó su madre en el tono empleado para pedir dinero—. Son para un vestido. No puede ir sin un vestido nuevo, como dice ella. Allí va a estar un hombre que le interesa.

—No lo conquistará, vestido o no vestido —pronosticó Andrew—. Tu hija es una muchacha muy insípida.

—Lo sé, —dijo su madre. Sus manos, tristes y desamparadas, temblaban un poco—. Pero es

mejor si, por lo menos, hace todo lo que esta de su parte. Me siento tan apenada por ella, Andrew...

—¡Todos recurren a mí! —gritó Andrew con una súbita estridencia—. ¡Nadie me deja en paz! ¡Ni por un instante!

El lloraba. Se volvió para ocultarle el llanto a su madre. Ella lo miró, sorprendida, y sacudió la cabeza. Le pasó los brazos alrededor.

—Haz lo que quieras, Andrew, eso es todo. No hagas nada que no quieras hacer.

—Sí —replicó Andrew—. Sí. Lo siento. Te daré el dinero. Siento haberte gritado.

—No me los des si no quieres. Andrew —dijo su madre con ple-

na fe y convicción en lo que decía.

El rió un poco.

—Sí quiero hacerlo, Ma, si quiero hacerlo.

La palmeó en el hombro y bajó hacia el campo de béisbol. Su madre se quedó de pie perpleja en lo alto de las escaleras.

El sol y la brisa resultaban agradables en el campo de béisbol. El se olvidó de todo durante una hora a pesar de sus movimientos lentos. Le dolía el brazo a la altura del omóplato cada vez que lanzaba. Y el muchacho de la segunda base lo llamaba Señor cosa que no habría ocurrido el año pasado, en que Andrew tenía veinticuatro años.

Ray Bradbury

FANTASMAS DE LO NUEVO

Los últimos relatos del autor de

FAHRENHEIT 451

308 págs. Colección Spectrum \$ 13,00

OTRAS OBRAS DE RAY BRADBURY

CRONICAS MARCIANAS (7ª edición) \$ 7.00

EI HOMBRE ILUSTRADO (3ª edición) „ 7.00

EL PAIS DE OCTUBRE (2ª edición) „ 10.00

Ediciones MINOTAURO

Humberto 1º 545

DOS NUEVOS TEXTOS DE:



GARCIA MARQUEZ

JULIO CORTAZAR



Una noche, en Barcelona, se fue la luz y era sábado —no se por qué siempre se funden los tapones en sábado—; afortunadamente en España es menos problemático porque ya conocemos un lampista que llaman allá y entonces llamamos al lampista. Teníamos visita y además creo que había mexicanos —porque siempre había mexicanos, cosa que me alegra mucho—, era tarde, no venía; al fin llegó el lampista y empezó a arreglar ya muy tarde, las 10 u 11 y le dije yo “¿pero cómo es esto de la luz, cómo es que se dañó aquí?” y me dijo “la luz es como el agua”. En ese momento se me ocurrió uno de los sesenta cuentos, creo que el más hermoso de todos. El me dijo “la luz es como el agua”. La luz es como el agua y yo no le pregunté nada más, me quedé pensando y en ese momento se me ocurrió el cuento completito, completito, completito y es: los dos niños, uno de siete años y otro de seis que viven, por ejemplo, en la ciudad de México, donde no hay mar, y le dicen a su papá: “Queremos que nos regales un bote de remos” y dice el papá: “Bueno, les regalamos un bote de remos, cuando vayamos a Acapulco, o vayamos...” “No, es que queremos un bote de remos aquí, en Insurgentes 415, piso 15”. Estarán locos. En primera que no cabe y además para qué lo compramos...?”. “No, no, no, es que queremos el bote de remos”. Hay discusión, pero los niños insisten y dice el papá: “Si sacan el primer puesto en el colegio les regalo el bote de remos”. Y los niños que han sido los últimos sacan el primer puesto y entonces les dice el papá: “Muy bien, aquí está el bote de remos, el problema es que no cabe en el ascensor”. Pero lo suben y en fin, en un cierto momento está en el piso 15 el bote de remos y entonces dice el papá: “Aquí está el bote de remos y ahora qué?” y dicen los niños: “No nada”. Meten el bote en un cuarto y los remos y dicen: “No, lo que queríamos es tenerlo y ya”. Se van el papá y la mamá al cine

y entonces los niños cierran bien las ventanas, rompen un foco y empieza a chorrear la luz. Y llenan el apartamento de luz hasta un metro. “La luz es como el agua”, fijate. Rompen un foco y empieza a chorrear la luz y lo llenan hasta un metro al apartamento y entonces tapan el foco, sacan el bote de remos y empiezan a remar en la luz por

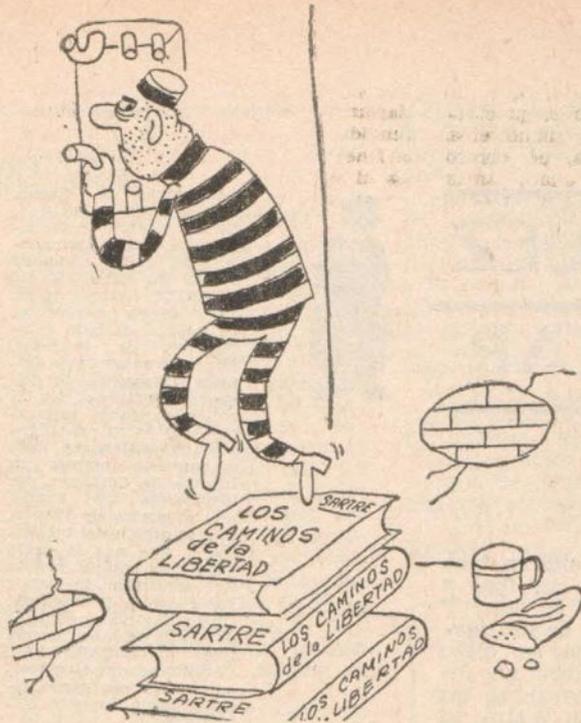
Ese era un dado egocéntrico. Cayera como cayera, siempre caía de cara, y con la misma sonrisa entonces: soy yo, soy yo. Le hacíamos las mil y una al pobre dado: lo lanzábamos desde el balcón, adentro del plato de sopa, o justo antes que se sentara tía Albertina (105 kilos), lo poníamos sobre el banco. Los insultos de tía no nos incumbían, se los cargábamos al dado. Pero igual, volvíamos a arrojarlo y zácate, caía de cara y dale cantar: soy yo, soy yo, soy yo. Una vez al Beto se le ocurrió limarle las aristas. Estuvimos como dos días sin parar hasta que quedó hecho una bolita. Vamos a ver si ahora cantás, dijo el Beto, y lo lanzó sobre las baldosas del patio. Apenas tocó el suelo, el dado empezó a decir: puta que te parió, puta que te parió. Y continuó rodando sin parar y meta cantar: puta que te parió, puta que te parió, puta que te parió...

JULIO CORTAZAR

los dormitorios, por la cocina, por los baños, y los papás en el cine y cuando ya los papás regresan entonces los niños abren el cuarto de baño y empiezan a echar la luz por la bañera y aquí no ha pasado nada, y queda todo perfectamente. Y ahí van perfeccionándolo. Y los papás se van a la fiesta y los niños se quedan y se compran lentes oscuros y equipo submarino. Entonces lo dejan ya no un metro sino un poco más alto y entonces hacen pesca submarina por debajo de las mesas, por debajo de las camas, es la gozadera total. Y una noche, dos, tres meses después, va pasando la gente por Insurgentes Sur y ve que del piso 15 está chorreando la luz y se está chorreando to-

do de luz, entonces llaman a los bomberos y dicen: “Se está chorreando la luz del piso 15, se está inundando Insurgentes”. Ya los automóviles no pueden andar porque están de luz hasta aquí y ya la gente tiene pánico y vienen los bomberos, suben al piso 15, se encuentran que a los niños les ha divertido tanto que se ha quedado el bombillo abierto, la luz ha llegado hasta el techo y están ahogados. Están ahogados en la luz están flotando. Porque un lampista me dijo “la luz es como el agua”, y yo le fije no me cuente nada más. Y desde ese momento surgió todo, completo como te lo estoy contando.

Gabriel García Márquez



ISIDORO BLAISTEIN

ANTICONFERENCIA

TEMARIO

- I. Las profesoras de castellano y la literatura española.
- II. El tedio como género literario.
- III. La maldad del Inca Garcilaso.
- IV. "Silva a la Agricultura en la Zona Tórrida", contra los adolescentes.
- V. Literatura de mensaje: Miguel Strogoff.
- VI. El humorismo: penúltima etapa de la desesperación.

ABURRIMIENTO Y LITERATURA

—Florencio Sánchez era un degenerado. En cuarenta y cinco minutos, fijense bien alumnos, en cuarenta y cinco minutos, por reloj, él podría haber escrito toda su obra. Pero no. Tenían que encerrarlo en el teatro para que escribiera. Si no ni escribía. Era un desorganizado. Por eso murió tuberculoso.

Pienso en todos los alumnos de esa clase. Pienso en qué será de ellos ahora. Teníamos quince años. Eramos cuarenta.

¿Qué será de aquella profesora de castellano que nos enseñaba en la literatura, y nos enseñaba que Florencio Sánchez era un degenerado? Nos inició también en el aburrimiento. Tenía una rara habilidad para volver tediosos a Don Segundo Sombra o a Cervantes. Profesoras como ésa, había a montones. Eran las empleadas de correo de la literatura.

Está bien que estudiáramos el Comercial, pero no era necesario tanta saña. Matasellaban a Góngora, devolvían al remitente a Manrique, lacrababan el Mío Cid.

Hicieron tanto daño a la poesía como los malos poetas.

Con el Inca Garcilaso, la Silva a la agricultura en la zona tórrida y las Tradiciones Peruanas de Ricardo Palma, nos marcaron el camino. Con Pepita Jiménez y Juanita la larga, enarbolaron una divisa: todo lo español era aburrido.

(Una noche, en una de esas tantas conversaciones absurdas, Mario Jorge de Leñis dijo:

—¿Te fijaste que todos los charlistas son gallegos?

—Estábamos con Juan Carlos De Sanzo y Andrés Cincugrana.

—Si señor —dijo De Sanzo— y los musicólogos son todos alemanes.

—¿Y los búlgaros? —pregunté.

—Fabricantes de yoghurt —contestaron todos.

Había muchas copas de por medio, pero recuerdo que tuvimos dificultades para ubicar a los dálmatas, los eslovenos y los ácratas, y que todo terminó en una furiosa discusión sobre qué eran los ácratas, si eran arácnidos, o coptos, o apátridas. Si, porque éramos absurdos y había copas, y todavía los vascos eran lecheros, los japoneses tintoreros y los judíos sastres. Eran tiempos organizados todavía. Tiempos donde las cosas estaban ordenadas, y a ningún armenio se le hubiera pasado por la cabeza ser otra cosa que zapatero, a ningún griego se le hubiera ocurrido ser otra cosa que fabricante de golosinas, y a ningún judío otra cosa que sastré. Eso sí, el hijo del judío tenía que ser médico. Y si el judío tenía dos hijos y uno era vago, el otro hijo, el vago, podía ser violinista).

Un día todo cambió y sobrevino el caos. Se trastocaron los valores humanos. Novelas como Por siempre ámbar o Cuerpos y almas pasaron a ser best-sellers, en poesía ya no bastaban Vicente Barbieri, Lubiez Milosz, Leopoldo Marechal, o García Lorca.

Los poemas más incomprensibles pasaron a ser profundos, y en los cuentos, ya alguien tenía que comerse una rata, y algún adolescente tenía que acostarse con la tía o matarla.

Eso era para los adultos. Pero entre las rabonas, entre "el bienamado camarada Stalin", entre La razón de mi vida, entre la delación y entre las novias en los zaguanes, la maldad del Inca Garcilaso, nos iba riñendo el alma con su tentáculo de aburrimiento.

El Inca Garcilaso era esto (por de-

licadeza voy a transcribir diez renglones nomás. El slogan publicitario podría ser: nunca nadie aburrió tanto con tan poco):

...que para cada cosa de éstas era menester un barrio no pequeño; y así lo muestra el autor contando el circuito de la casa, pues dice: Es tan amplia, que en lo que corresponde a estas calles y plaza hay ochenta puertas de casas principales de vecinos, donde se muestra bien la grandeza de solo una casa de aquellos tiempos, que como se ha dicho, pudiera mejor llamarse barrio que no casa, y al respecto eran los demás; y en particular se puede decir de aquella imperial ciudad de Méjico, que es una de las más principales que hay en el universo, si ya no es la primera, como me lo dijo un caballero flamenco por vez a Méjico pasó al mundo nuevo; que demás de vería, le valía veinte mil ducados de partidos y apuestas que en su tierra habían hecho con él, sobre si sería hombre que por su curiosidad y gusto había visto todas las famosas del mundo viejo, y solo para ir había allá".

Perdón. Pero miren hasta dónde llega la maldad del Inca Garcilaso, que tras cartón, a renglón seguido, tiene el cinismo de escribir esto:

"Dejaré, por no hacer tan larga digresión, de decir las particularidades que acerca de esto me contó..."

El Inca Garcilaso.. "Ojalá se muera", gritó una vez el irreverente de la clase.

El Inca Garcilaso. Teníamos quince años. Afuera la vida reventaba como una fruta loca. Teníamos quince años.

No cabíamos adentro de nosotros mismos.

El hincha Garcilaso, lo llamaban

los bocasucias.

En su biografía leíamos:

"En 1560 se trasladó a España para gestionar sus derechos a la sucesión de su padre, dado que el primer matrimonio de éste con la madre del Inca no era reconocido por las disposiciones vigentes en la época en España. A pesar de haber logrado la simpatía de todos, inclusive de los parientes de su padre, nada logró".

—¡Bien hecho! —gritamos todos.

—Me gusta —decían los bocasucias y hacían un gesto obsceno cruzando los brazos.

—Ojalá se muera —insistía el irreverente reiterativo.

—Qué quieren —decía Victorcito— es el primer escritor americano. Es muy fácil escribir cuando hay otros. Así cualquiera. ¿No ven que es un pionero, que no tiene preceptiva?

Adolescencia viene del latín: *adolescere*; que significa dolor.

Anibal Ponce hablaba de la ambición y angustia de los adolescentes.

La implicancia de la Silva a la agricultura en la zona tórrida, en nuestro dolor y en nuestra angustia, fue decisiva.

Escuchen esto:

Para tus hijos la prócera palma

su vario feudo cría,

y el ananás sazona su ambrosia;

su blanco pan la yuca

sus rubias pomos la patata educa

y el algodón despliega al aura leve.

Los chuscos gritaban:

—Andá vender fruta al puerto.

—Dale verdulero,

—Se te cayeron los cartelitos de los precios.

El irreverente obsesivo levantaba la mano y decía:

—Señorita, leo la parte de las bananas.

La parte de las bananas era ésta:

"...cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos y franjadas flores;
y para tí el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano,

y para tí el banano
desmaya el peso de su dulce carga;
el banano, primero
de cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las gentes
del ecuador feliz con mano larga".

Al llegar a este punto, las cosas que se decían de Andrés Bello, son irreproducibles.

No obstante, ganó. Ganó. Ganó él, y ganó el Inca Garcilaso. Porque cuando sobrevino la Silva a la agricultura en la zona tórrida, estábamos vencidos. Totalmente sin fuerzas. Y ya Pepita Jiménez, El sabor de la tierra, La tablanca de Peñas Arriba, que es la Tudanca real donde se asentaba su casaca solariega, El sombrero de tres picos, y El capitán Veneno, se interponían entre nuestras fantasías eróticas, y año tras año iban preparando sucesivas camadas de adolescentes, que fueron aprendiendo el acatamiento de lo aburrido: el tedio como género literario.

Más tarde la "Cartilla Zhdanov", y el realismo socialista, nos iniciaron

en el plomo de izquierda, que no eran las balas guerrilleras, precisamente. Erán los tediosos mamotretos, donde había una huelga, un obrero que siempre se llamaba Juan, jamás Ladislao o Segismundo, ni menos Adrian. El compañero de célula se llamaba Pablo, y el sopión policial se llamaba Raimundes, y la novia de Juan se llamaba María, y el hijo del patrón guardaba la cocaína en la heladera, y los obreros sabían hacer el amor, y los patronos eran todos impotentes.

Era la época en que todos los manifiestos y declaraciones políticas, empezaban con las palabras: "Una vez más".

"Una vez más las fuerzas de la reacción...", "una vez más los cipayos del imperialismo yanqui...", "una vez más el judaísmo internacional". Las variantes eran: "el oro de Moscú", la "oligarquía terrateniente", las "hordas naziperonistas", o "el rector del colegio". No había Viet-Nam, pero teníamos nuestra buena Corea.

La onda era Corea. Y el carnicero Mc Arthur. Claro que, de entre el pastito amarillo de las gastadas madres coreanas que morían con el hijo masacrado entre los brazos, salía por ejemplo alguna flor "Coral, Corea, corazón, coraza...". Era, como siempre, Raúl González Tuñón, salvando los colores de la auténtica poesía con su talento. Los auténticos poetas sacando siempre las castañas del fuego: Pedroni, Juan Gelman, Portogalo, Tejada Gómez. Que sí no...

De los compañeros del secundario, al único que sigo viendo es a Victorcito. Victorcito es un poeta recreativo. Está muy pegado a la preceptiva y no puede crear. La Silva a la agricultura en la zona tórrida lo ha marcado para siempre. Sobre todo el tema.

Por ejemplo, escribe un poema, y le sale así:

Rodarán las redondas mandarinas
de su cajón desnudas a rodar
y otra vez machucadas y nupciales
su jugo exprimirán.

Pero a veces la pega. El dice, por ejemplo, que hay que recolectar todos los poemas escritos a Corea y cambiarles el nombre por el de Viet-Nam. Dice que los elementos poéticos ya están dados, y no hace falta más. O sea: las bombas de napalm, los bombardeos y las madres con el hijo muerto entre los brazos... Los aviones no es problema. Se cambia un B-29 por un B-52 y listo. Además: ¿qué poeta se va a ir a fijar en los números? Entonces, con el tiempo libre que les quedaría a los poetas, podrían ponerse a anticipar los poemas para la guerra de latinoamericanos del sur, contra los norteamericanos del norte, porque según dice Victorcito, se viene, se viene.

Pero todavía no había venido a nosotros la literatura de mensaje. Para nosotros, la literatura era esto: Escriban alumnos: Trozo selecto: Alarma trágica del año milenario.

A medida que se aproximaba la época fatídica, parecían anunciarla mates y desdichas sin cuento. El edificio político y social se bamboleara.

Por efecto natural de tal susto, quedaron los campos sin cultivo, desatendida la agricultura; de modo que a fines del siglo X devasta a Europa el hambre, y un celemin de trigo se paga a peso de oro. Es apocalíptico y tremendo el cuadro de la miseria que sobrevino. Los hombres roían raíces de árboles, arcilla, hierbas; cuando aún eso les faltó, apoderóse de ellos la rabia y se saciaron de carne humana.

Al pálido espectro del hambre se unió su negro compañero, la peste, uno de esos contagios extraños de la Edad Media, cuyos síntomas consistían en despegarse la carne de los huesos y caer podrida o deshecha. La actividad humana se había paralizado; ocioso fuera edificar, ni labrar la tierra, cuando iba a deshacerse y aniquilarse al son de la trompeta final.

Copie y diga el alumno:

¿Quién es el autor de este trozo selecto?

¿Qué pudo inducir a creer que estaba ya en sus términos el mundo?

¿Qué efectos produce la ignorancia?

¿Qué quiere decir fatídica?

¿Cuál es el significado del verbo bambolear?

¿Qué es un celemin?

¿Qué observación se hace sobre los verbos en aer, eer, oer?

¿Qué indican estas palabras: los hombres roían raíces de árboles, arcilla, etc. ¿Cómo se llaman los que comen carne humana? ¿Pueden calificarse de antropófagos los hombres de que se trata en el texto?

¿Qué es un espectro?

Después de la alarma trágica en el año milenario, fuimos víctimas de los cuentos del señor González.

El PEN Club de Inglaterra, prohíbe terminantemente incluir chinos y anticuarios en las novelas policíales. Porque un chino, o un anticuario, ya crea por sí mismo un clima. Y debería prohibirse terminantemente, escribir cuentos en Buenos Aires con oficinistas que se llamen González, y menos aún: un señor González.

Tampoco podrán figurar los corretores, correteen lo que correteen. Lleven lo que lleven en el portafolios.

Desde que Roberto Arlt escribió *La isla desierta*, pasando por Barletta, Mariani, hasta Castillo, Costantini, Nuñez, Silvain, y *La Tregua* de Mario Benedetti, para el señor González, en el cine de la literatura, no hay más localidades. Ellos lo hicieron bien. Mejor no sirve. Basta. Fuja.

Esto mientras el cuento siga empezando así:

"El señor González se levantaba todos los días a las 6.45. A las 7.30, tomaba el mismo colectivo todos los días".

Desde el año 30 para acá hemos tenido infinidad de señores González que un día rompen la rutina dándole un ladrillazo al jefe, llevando una bomba de fósforo líquido en el portafolios o produciendo una increíble ventosidad en la sección cuentas corrientes de la compañía.

De la literatura de mensaje del señor González, las víctimas inocentes

Aburrimiento y...

y propiciatorias fueron los jóvenes. Virgenes literariamente sin complicidad con el pasado, con todo el fervor de la palabra nueva, heredaron de segunda mano el portafolios remanido de los señores González. Se convirtieron sin darse cuenta en el correo secreto del zar, como a Miguel Strogoff, los agarraron los tártaros del lugar común y los convirtieron en sus lugartenientes. Los dejaron ciegos con la espada al rojo. Los que lloraron, se salvaron. Los que no se salvaron, fundaron revistas efímeras, que no llegaron al número tres, porque en el número dos se peleaban los directores.

De esas revistas literarias, la que no decía:

...“...el arte hasta nosotros es una mera ficción representativa”, traía una sección titulada “Misceláneas”: o Pildoritas”, “Se dice que...”, o “De todo como en botica”, en la cual era de cajón burlarse de Silvina Bullrich (diciendo: “No diga, señora”), descubrir que Borges era conservador, y cómo es que tenía el carnet con el número diez mil de afiliado, y cómo es que no le daba vergüenza ser ciego, o descubrir que Victoria Ocampo se la pasaba hablando de Rabindranat Tagore.

Pero lo que era infaltable era la presentación, el editorial con el “cross a la mandíbula” y el “cuando se tiene algo que decir se escribe en cualquier parte”. Porque todas, sin excepción, nos transcribían a Roberto Arlt; esas palabras que ni aún el tedio pudo gastar: “Cuando se tiene algo que decir se escribe en cualquier parte. Sobre una bobina de papel o en un cuarto infernal. Dios o el diablo están junto a uno, dictándole inefables palabras”, esas fulminantes palabras de Arlt que relampaguean por sí mismas, y que resisten uso y abuso, como la buena ropa de trabajo. “Crearemos nuestra literatura, no conversando continuamente de literatura, sino escribiendo en orgullosa soledad libros que encierran la violencia de un cross a la mandíbula”.

Era de cajón también atacar los suplementos dominicales de La Nación y La Prensa, aunque en ellos escribiese Pablo Neruda. Siempre había que levantar del olvido a algún poeta olvidado. Si el poeta levantado del olvido había estado catorce años preso como Marcos Ana, mejor.

Después que un pintor les regalara un cuadro, reproducirlo en separata, publicarse entre los directores, proclamar que los únicos jóvenes eran ellos y los demás una manga de caducos reblandecidos. Atacaron después a Sábato, Marta Lynch y Castillo, y como no eran ni Gaceta Literaria, ni Contorno, ni Sur, ni Barrilete, ni El escarabajo de oro, ni Ensayo Cultural, ni Hoy en la cultura, antes de desaparecer en el número dos, enfermos de trascendentalismo, nos en-

dilgaban los originales reportajes, sin darse cuenta que esos cuestionarios ya eran aburridos antes de que los directores hubieran nacido. Y además las preguntas son invencibles. Porque el 30/9/71, todavía puede leerse en un matutino:

—¿Qué papel juega el escritor en una sociedad en cambio como la nuestra?

Y en setiembre de 1970, en una revista mensual:

—¿Cuál es la situación y responsabilidad del escritor latinoamericano actual?

O hace cuatro meses por la radio:

—¿Cuál es la función del escritor en la sociedad argentina actual?

La variación, es hermosa. Pero lo más reconfortante es que es profundamente democrática, porque estas tres preguntas, están extractadas textualmente de tres distintos cuestionarios, de tres diferentes medios, con tres distintas ideologías.

Algo habría que hacer con esta pregunta.

No hay escritor, a quien no le hayan formulado de veintitrés a setenta y nueve veces, esta pregunta:

—¿Qué papel juega el escritor en una sociedad en cambio como la nuestra?

¿Qué se puede hacer? Mudarse. Irse a vivir a General Villegas, a Ra-



mallo, a Lobería, a Mossés Ville, a Basavilbaso. Imposible. Dentro de los límites del país no hay escapatoria siempre habrá una publicación cultural que le pregunte:

—¿Qué papel juega el escritor en una sociedad en cambio como la nuestra?

¿Irse al extranjero? No se puede. Porque entonces lo van a criticar a uno como a Cortázar. ¿Además a uno quién lo conoce?

Después que uno a los chicos los extraña.

La única posibilidad que queda es la de Victorcito, dar vuelta la pregunta, y entonces quedaría así:

Nuestra la como cambio en sociedad una en escritor juega papel qué.

Está demostrada la esencia igualitaria del tedio, la profunda vocación democrática del aburrimiento.

Hay aburridos conservadores y aburridos progresistas. Está el lenguaje oficial del tedio del centro, y las fantasías cargosas como mosca de tambor, del carbónico estructuralista de los boro boro que se las saben todas, los melenudos perversos, de las revistas de opinión y de diarios también.

Nuestra profesora de literatura nos dictó en nuestra querida capeta Rivadavia, lo siguiente:

“Reglas para llegar a escribir bien”. Eran cinco las reglas. Una de ellas se intitulaba: “El conocimiento de los preceptos”. El conocimiento de los preceptos es necesario a toda clase de escritores.

A los de mediana inteligencia, para que lleguen a un grado conveniente de corrección; a los hombres de talento, a fin de que hagan fructificar sus luces naturales; a los ingenios privilegiados a fin de que brillen con todo su esplendor.

Alguien dijo que el talento es la cosa mejor repartida del mundo, porque todo el mundo cree tenerlo.

Los conservadores tediosos de derecha todavía usan rancho, no se lo sacaron desde el año que Enrique Banchs dejó de escribir. No tienen talento, no tienen melena, pero tienen un buen pasar. Son muy aburridos, pero tienen plata.

Escriben, sí, porque saben quién es Milton o tienen vacas.

No tienen ni la increíble perfección de Borges, ni la potencia imaginativa de Bloy Casares, ni la brillante maestría de Mujica Láinez; pero igual se creen en la clase A de la literatura.

Han viajado a Grecia y hablan de las catedrales góticas, por eso, para ellos el mundo es ancho y ajeno; empieza en la confitería “El Agulla” y llega hasta San Isidro. Dividen, en su aburrimiento de lo que ellos creen que es lo verdadero, a la literatura, como las medialunas: de confitería y de panadería. Están seguros que para los ordinarios de izquierda, o los simplemente populares, la literatura es un cacho de queso provolone. Pero no se dan cuenta que se van a morir.

Y por más que querían parecerse al presidente A.vear caminando por Florida, por más que su oficio sea llegar a ser jurados de premios nacionales, por más que su vocación sea premiar libros con chaleco llamados todos indefectible y aburridamente: “Etiología de la noche”, “Perduración de la tiniebla”, “Descubrimiento de Cristóforo” o “Para un tiempo de Clepsidra”; por más que nunca premien un libro con la palabra joder, pero sí con la palabra merde, por más que se pongan las polainas para escribir; sus sonetos no son más que biscuits llenos de moho, brioches detrás de las vitrinas, delicatessen que están rancias, que la gente no quiere comprar, y que los

perros husmean con desconfianza. Intimamente saben que les falta el escon de la locura.

Y cuando se mueran, y pasen de visita, de pasada nomás por el cielo del talento, va a salir a recibirlos Leopoldo Marechal. Justamente Leopoldo Marechal. Leopoldo Marechal con su mirada sería de diablo, que les va a ofrecer el pis de los dioses, el pis de los dioses en ánforas, y les va a decir amablemente:

—Beban, señores. Los dioses tienen sed.

Mientras tanto, aquí en la tierra, los puros de corazón, seguirán escuchando con unción y respeto las palabras que les tocan el alma, que les tocan la cara como un ventarrón, las palabras mersas de Homero Manzi, de Enrique Santos Discépolo, de Nicolás Olivari.

Victorito siempre dice:

"Má sí, sí a la final todos los libros dicen lo mismo".

Yo no creo que sea cierto. Pero es curioso, inexplicable casi, el misterio de las secciones bibliográficas de algunos diarios. Porque si todos los libros no dicen lo mismo, cómo es que todas las críticas son iguales, cómo es posible esto, que fue encontrado al azar, mientras desenvolvía el paquete que me había hecho don Amadeo, el almacenero de la vuelta de casa. Increíble. Están en la misma página, casi una al lado de la otra, un poquito en diagonal.

Una crítica dice así:

"En definitiva, un libro lleno de amor, de amor por las cosas puras, por la amistad, por las flores y los pájaros. Un libro lleno de canto a las cosas hermosas ...Un grito por esos pequeños sin juguetes, sin ropas y sin pan; por las jóvenes enamoradas que creyeron en "su" hombre; por la muerte que deja tantos niños sin madre y sin abuelitos barbudos, y a tantas madres sin niños... Y un canto, un canto de luz y tibia, que se mezcla en cada página, en cada sílaba y palabra, y que dice: Esperanza".

Para no contradecirse, la otra crítica dice así: "El autor se ha empeñado en retratar la vida y la atmósfera de la tierra amada y lo ha hecho con ternura y sentimiento. Su obra es además, un himno a los pájaros, al rumor del río y de los árboles. Un hermosa poema en fin".

Y para esto se suicidó Malacosky. Para esto Rilke se murió atravesado por una espina de rosa, para esto Beethoven se murió en una cama llena de bichos, para esto se mató Lugones, y se mató Stephan Zweig, y Van Gogh se cortó una oreja, y Miguel Angel enloquecido le golpeaba la rodilla a la estatua de Moisés para que hable, y a Schuman le sonaba el la en la cabeza, y Poe murió como un perro, y Antonin Artaud, dio su vida a la locura de escribir. Para esto Hemingway se metió a la boca el caño de plata de una escopeta y se disparó un balazo.

Domingo 12/9/1971. Rotograbado dominical. Hagan números: en el año hay cincuenta y dos domingos. Calculen un promedio de dieciséis comentarios por domingo, piensen que

hablo de un diario que acaba de cumplir cien años, multipliquen, y obtendrán el guarismo de la chatura, el número del tedio.

De ahí que sea tan peligroso un deprimente soneto en *La Nación*, como un siniestro poema a Viet-Nam. Es tan pecaminoso un poema que empiece: "Digo tu nombre aquí", o "Che de América es tu nombre", como una colaboración que se llame: "Los universos uniseculares del señor Robert Browns". Es tan triste la repetición de dos versos que digan: se quemaba se quemaba... el niño envuelto en el napalám; como el editorial del primer número de una revista literaria, que se titule: ¿Por qué salimos?

Mi mamá decía siempre un refrán ucraniano: "Donde te quieren, vé poco, Donde no te quieren, no vayas nada".

El pueblo no se equivoca nunca.

Recuerdo los viajes a Entre Ríos, cuando yo era chico. Había que tomar el tren por asalto, subir las valijas por las ventanillas, agarrarse a trompadas por los asientos, porque eso de los asientos numerados era cosa de gringos.

Recuerdo cómo la gente se pertrechaba contra el aburrimiento. Había que llevar cuatro docenas de milanesas, un pollo, el Patoruzú, el Rico tipo, el calentadorcito de alcohol, todos los Leoplanes viejos, dos novelas de Sexton Blake, y tres de Mister Reeder.

La gente sabía, y junto con la impaciencia, llevaba las barajas para el truco, el acordeón a piano, la guitarra y la armónica. Era el acopio contra el tedio. Era la guerra al aburrimiento. Yo era chico, pero sabía que era cuestión de recorrer el tren. Porque si en un vagón una gorda dormía, uno estaba seguro que en el otro vagón iba a haber un borracho gritando en guaraní. Y si no, si fallaba, seguro que en el furgón correo, dos tapas se iban a estar coliendo a puñaladas, y todo el mundo iba a gritar, e iban a parar el tren, e iban a venir esos increíbles vigilantes de Entre Ríos, con sus increíbles sables.

Yo envidiaba secretamente a los hijos de esos vigilantes. Hubiera querido ser hijo de vigilante entrerrriano, porque a la noche, cuando el vigilante durmiera con la china que tenía que ser mi madre, podría sacarle el sable, desvainarlo, y empezar a los sablazos como D'artagnan y correr a mandobles a mis hermanas por el rancho.

Muchos años después, cuando lei *Cien años de soledad*, reviví aquellos viajes en tren a Entre Ríos. Y comprendí por qué el tiempo ya no viene como antes, comprendí por qué el viento gira en redondo, comprendí por qué se sube al cielo colgado de una sábana, y comprendí que yo tenía razón cuando era chico, porque no había ni un solo resquicio sin magia, porque Dios debía estar sentado en algún tren, tocando un acordeón a piano para no aburrirse.

Cien años de soledad es una novela escrita con sangre. Y lo que vie-

(Sigue en Pág. 26)



TU NAHUAL

Niña, niñita mía, cabeza de tepeguaje, collar de alondras, piedrita fina, corazón de teyolote, ojos de vidrio extraño, desorejadita, sangre de machihuita, chuparrosa; si me haces mi atole de sagú y haces todos los días la acarreada de agua, si me rameas en el temazcal, si persogas a las mulas, si me bañas a jicaradas de aguatiña, si descorucas a las gallinas y apancleas los surcos y ves de revezar a los bueyes, le digo a tu nahual: anda, vete, vete y hasta mañana. Pero si no, mi hijita, con los tanguitos de los dedos te doy en la cholla un coscorrón. Con una reata de torsalfá te doy una reatiza. Con una vara de membrillo o con un cuero crudo te despellejo las guingungas mas que te raje la pelleja. Y lo más de todo, recuerda, lo más de todo, te llevo a ver tu nahual: ay, obre de hihijita, pobre espumilla del agua, manzanita pachichí, cocol del viento, caracol de lágrimas: qué susta te vas a llevar. Porque tu nahual es un perro. Tu nahual es un huehuenche con cabeza de iscatón. Tu nahual es un cacomiztle. Tu nahual es un tecuán. Tu nahual es un chichime. Tu nahual es un cencuate. Cuídate de su cardillo, cuídate de su aventazón, cuídate de su voz. Que no te malmire. Que no te sople. Que no te sonaque ese triste de tu nahual, ese lépero, chenchá, malo, flojo, chuanacate de tu nahual. Así que pórtate bien, que mejor que ver a tu nahual es ver volar a las guilotas cegajosas y ver nadar a los patos zambullidores tantas veces como años tiene el tiempo, o como truecos tiene mi corazón para que tú te escondas, niña, niñita mía, colibrí de las cometas, mariposa del agua.

Fernando del Paso



CITAS CITABLES

Se las da de ideólogo marxista y ni siquiera sabe jugar al truco. (Bernardo Jobson)

El Tuco Paz es un amor: hace el chino como los dioses. (Egle Martin)

Yo tengo un primo que fumiga. (Irma Tillier)

En La Familia Conejola no había un solo personaje con grandeza. (Liliana Heker)

La Paca y yo andamos atravesando una etapa de serenidad que nos tiene aterrizados. (Félix Grande)

Perdoname, pero en este país los únicos que le tienen amor a la palabra son éste, Borges y yo. (Humberto Costantini)

NEW AMERICAN POSTURES GUIDE

¡Vamos a comenzar diciendo que **Selecciones** (febrero de 1972) informa acerca de cómo podemos tener mejor aspecto y sentirnos más a gusto en la vida, lo cual requiere "...la sincronización de 639 músculos, 206 huesos, docenas de órganos, cientos de estructuras sensoriales, miles de circuitos de comunicación y muchos litros de líquido orgánico". Pero no vale la pena ¿Cuál es la única publicación en el mundo capaz de someter a sus lectores a semejante ordalía? Dice: "Aprenda a sentir la posición correcta del cuerpo. Puesto que la buena postura es algo que se logra con el cuerpo (sic) es indispensable aprenderse la con el cuerpo y no sólo con la mente", O como cantó el poeta:

Si de mondongo el guiso es tu apatencia, fundamental será que en la marmita las vituallas coloques, de tal ciencia que el mondongo supere lo que evita.

Continúa **Selecciones**: "Primeramente debemos imitar la 'forma correcta' y luego practicarla hasta que se vuelva hábito. Use un espejo grande para comprobar si el lóbulo de la oreja, el hombro, la cadera y el tobillo están alineados (si no lo consigue, pruebe con un espejo chico). Para llegar a sentir la posición correcta de la espalda, haga esta prueba, que es excelente: póngase de espaldas a 30 centímetros de una pared sin obstrucciones. En seguida, doblando las rodillas, 'sientese' en un soporte imaginario (si consigue sentarse sin doblar las rodillas puede, incluso, omitir el soporte imaginario) manteniendo la espalda y la cabeza pegadas a la pared. Contraiga los músculos abdominales y los glúteos para inclinar la pelvis hacia adelante y hacia arriba. Trate de aplanar lo más que pueda el arco lumbar, de la columna sin forzarse. (También trate de poner la coma en el lugar que le corresponde). Mantenga

el mentón abajo (¿respecto de qué?). Luego, sin despegar la cabeza y la espalda de la pared, acerque los pies lentamente a la pared y enderece las piernas hasta lograr la posición erecta (las connotaciones pasionales referidas a esta posición pueden solicitarse a Bernardo Jobson quien, a vuelta de correo, las enviará en sobre sin membrete). Esta es la postura correcta cuando se está de pie (si es que se está de pie). Par último camine (sic) por el cuarto manteniendo la misma postura y luego vuelva a colocar la espalda contra la pared para comprobar si ha conservado la posición (y la vida). Esta fórmula parece tan sencilla que se diría increíble; después de todo (sigue **Selecciones**), ¿quién no sabe por instinto natural cómo sentarse en una silla, acostarse en una cama, andar por la calle

GRIL



CITAS CITABLES

Cómo va a ser comunista Castillo si es un muchacho que come de todo. (Señora de Rego)

¿Acaso nuestro Manucho no es un dandy intelectual por antonomasia, con su bastón, sus corbatas exquisitas y su aire tan manuchesco? (Luisa Mercedes Levinson)

Mi próximo libro se va a llamar el Pequeño Lanusse Ilustrado. (Dalmiro Sáenz)



o simplemente estar de pie? (1). Después de algunas semanas de seguir estos principios de buena postura, seguramente obtendrá una compensación cuádruple". A saber: "los demás verán inconscientemente en usted a un hombre o a una mujer triunfante y más atractivo. Su porte más gallardo lo hará sentirse automáticamente más seguro de sí mismo. Se sentirá con energía y salud. Por último, a medida que estos tres beneficios se hacen evidentes, cada uno de ellos reforzará sutilmente a los demás (o sea a los otros dos de esos tres), y todos juntos (o sea los tres), podrán aumentar el placer y el éxito de su paso por la vida. (O sea el cuarto beneficio).

(1) El chancho.



CITAS CITABLES

Recuerdo haber sorprendido a los mallorquines con mis habilidades de nadador. (Jorge Luis Borges)

Tratando de ser más explícito: los baches cronológicos en ese arco narrativo se corresponden con el momento peronista. Pues bien, ésa es la franja de mí mismo que tengo menos elaborada. Lo que me cuesta más elaborar: la borronié con un trabajo sobre Eva Perón pero se me mezclaba con la imagen de mi madre. Eran dos figuras de mujeres muertas que había llegado a conocer muy de cerca. Y te digo más: la figura de Perón se me pegoteaba con la de mi padre: dos señoritos seductores nacidos casi sobre los mismos años y en dos pueblos muy próximos de la provincia de Buenos Aires: Lobos y Monte. (David Viñas)

Soy el contestador automático del doctor Julio César Silvain; tiene 30 segundos para explicarme su problema.

AY, PATRIA MIA

Hoy a las 20 en el Regimiento 1 de Infantería, Patrios, con asiento en esta Capital, se cumplirá una ceremonia emotiva e insólita, dentro de un ámbito militar. Se trata del casamiento de dos soldados conscriptos de la clase 1951. Juan Carlos Báez y Roberto Silvano Tolosa vistiendo el uniforme histórico de esa tradicional unidad se despondrán en la capilla del regimiento. Sus compañeros y oficiales asistirán al simpático evento.

Crónica, 19/V/72

Ya que no podemos
cambiar el país, cambiemos
de conversación

James Joyce

QUE ME CONTAS, WILLIAM WILSON

Nuestra Unidad Móvil de Filología y Semántica de los M.M.C. (mass media communication), Departamento de Matutinos, nos ha dejado bajo la yerbera el siguiente texto de Clarín, del 15/3/72:

"Se representó en Roma, en el escenario del Teatro dei Servi, una novedad absoluta (sic) de Guido Ammirata titulada Edgar Poe". Reflexión de Jobson desde su conocida torre de marfil:

¿Novedad absoluta?, pero a quién le ganaron estos tanos, novedades fueron las gateras, la teoría corpuscular-ondulatoria, el forro con siliconas. "Se trata", sigue Clarín, "de un drama sobre la vida del gran poeta y narrador norteamericano del siglo pasado, auténtico precursor de los modernos ecólogos" (sic). Confesamos que a esta altura, los murmullos de desaprobación ya se dejaban oír desde los más diversos sectores de esta cocina, en la que circunstancialmente estamos guarecidos por motivos que por el momento no pueden trascender a la opinión pública, murmullos, reiteramos, que no se debían al nimio hecho de que uno de nosotros mismos (a quien no vamos a nombrar pero lo estamos pisando) haya estrenado en 1966 otra "novedad absoluta" sobre el mismo ecólogo, sino a que Saúl Sosnowski (que acababa de llegar, voceando poranoicamente el bo-

letín estadístico de las 18.15 de distribución y venta de HISPAMÉRICA) había dejado la puerta abierta con la consiguiente disminución de la temperatura proporcionada por el horno abierto de la Volcán de Luxe. Restablecido el orden proseguimos la lectura con la esperanza de que el Cronista Teatral explicara por qué llamaba "novedad absoluta" a algo cuya descripción corresponde a lo que en este planeta solemos llamar, humildemente, estreno. Pero el hombre no da ninguna explicación. Lo que sí explica es cuál fue la lección de Poe al mundo. "La gran lección de Poe al mundo es la de haber previsto que la industrialización y la excesiva concentración urbana iban a devorar los bienes auténticos de la naturaleza, empezando por el agua cristalina y los espacios verdes".

Pese a que abrigamos ciertas dudas sobre la afición de Poe al agua cristalina, no dejamos de reconocer lo fecundo del enfoque. Un método análogo revelaría, por ejemplo, la influencia de Van Gogh en el marketing de cereales y oleaginosas franceses dentro de la Comunidad Económica Europea, para no hablar de la actitud pionera de Walt Whitman en lo que hace a las operaciones comerciales del Mercado de Concentración de Aves y Huevos.

LA LITERATURA Como Poder

(de Pág. 2)

vedados al libro, pero, hasta tanto no se demuestre lo contrario, creeré que el libro es el medio más cómodo de comunicar, pongamos por caso, las ecuaciones de Maxwell para la mecánica de las ondas electromagnéticas, y aún, para transmitir las teorías del propio Genette. El "saber" (por el momento llamémoslo así) que transmite un texto literario, no puede ser transmitido por otro medio, a menos que se transforme en otro "saber". ¿De qué manera, si no es a través de la novela llamada **Pedro Páramo**, se puede comunicar lo que dice **Pedro Páramo**: ¿a través de un estudio socio-histórico del pueblo de Comala; ¿o de un tratado sobre la Psicología del Patrón? Aún, ¿a través de un film? tal vez podría hacerse una película genial basada en **Pedro Páramo**; pero lo que dice esa novela sólo puede ser comunicado a través de las palabras con que lo dice. ¿Qué "conocimientos" así no hacen falta? Puede ser: pero, en principio, ¿a quién no le hacen falta? ¿A Cendrars, que, en las trincheras, seguía creyendo en el poder intransferible de la lectura? ¿A Marx, cuya ocupación favorita era "buscar libros viejos"? ¿A Lenin, que vio en **Guerra y Paz** el "espejo de la revolución"? ¿O a Leñero, que hace unos meses, por propia determinación, mató al lector? ¿O a un cañero de Tucumán, que ni siquiera sabe si leer a Rulfo le hace falta o no, porque nunca en su vida le han dado la oportunidad de decidirlo? ¿En nombre de quién se está hablando, y en nombre de quién se está matando a la literatura antes de que haya llegado a su verdadero lector? Acaso somos tan arrogantes como para creer que una vez que desaparezca la intelectualidad burguesa como clase ya no quedará nadie capaz de apreciar a Shakespeare, o a Joyce. Entonces, aristócratas en decadencia pero dignos, queremos destruir con nuestras propias manos el "viejo palacio de la familia". Yo diría que esperemos, y veamos cómo se hace —y no con novelas— para que el poder y los medios de producción —y también el arte literario— cambien de mano. Después ya se verá de quién era el "palacio de la familia", y si Hamlet, o aún la **Fundación Mítica de Buenos Ai-**

res, de Borges, tienen o no sentido. Y si el Arte, en tanto actividad especializada, es "sólo una excrecencia, productora de exterioridad".

Y esto último no significa que ponga la predicción de Lefebvre en el mismo plano que la exaltada profecía de Leñero o la más sutil profecía de Genette. Lefebvre es profético por error: emplea dogmáticamente el esquema —no el método— marxista, y, como en general ocurre, va más lejos que el propio Marx —aunque no precisamente hacia lo hondo. Su error proviene de suponer que "Arte", y "Estado" o "Política", son términos equivalentes, sin tener en cuenta que el Estado y la Política no sólo están condicionados por la existencia de clases (como el arte actual, naturalmente, y como todo lo que existe en una sociedad con clases); también están generados por esa existencia. El Estado, tal cual lo entendemos y se ha dado siempre en la práctica en la sociedad clasista (no como institución reguladora sino como fuerza coercitiva) es necesario para mantener el orden en tanto una clase ejerce su dominio sobre otra. En cuanto a la Política (o: habilidad para conseguir el poder) pierde su razón de ser en cuanto desaparece el Estado coercitivo; en todo caso,

se transforma en otra cosa, vale decir: también desaparece. "La religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho, se mantienen siempre a través de las transformaciones. Pero la Sociedad sin clases "suprime las verdades eternas, suprime la religión y la moral en vez de renovar su forma (...). La explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todos los siglos pasados. Entonces no hay por qué extrañarse si la conciencia social de todos los siglos, a despecho de toda divergencia y de toda diversidad, se encierra en ciertas formas comunes, formas de conciencia que no se disolverán completamente más que con la entera desaparición del antagonismo de clases" (Marx, y Engels **Manifiesto**). "Formas de conciencia", que no debe confundirse con "formas de expresión", o mejor, "necesidad de comunicación", necesidad en la que sin duda podría buscarse el origen del arte. Y si esto último parece arbitrario basta pensar por qué escribe un escritor (cuando no es un farsante) y por qué lee un lector (cuando no es un snob); si no es un modo particular e intransferible de la comunicación lo que se está buscando con estos actos. (Y conviene aclarar que pensar en esto no resultará fácil: en la so-



de LA FLOR 72

PARADISO - José Lezama Lima

Cuarta edición de la novela que es ya un clásico de nuestro tiempo.

GARDEL, A QUIEN LE CANTAS? - Darío Canton

Agudo análisis de 120 canciones populares del repertorio de Carlos Gardel.

ANGELA DAVIS HABLA

Textos de y sobre la militante negra norteamericana.

JOHNNY FUE A LA GUERRA - Dalton Trumbo

Un alegato antimilitarista en la escalofriante novela recientemente filmada del guionista perseguido por Mac Carthy.

PSICOANÁLISIS Y CAMBIO - Dr. Alberto Fontana

El primer tratado integral sobre la psicoterapia con drogas y los grupos psicoterapéuticos y sus implicancias sociales.

RACISMO Y SOCIEDAD - Obra colectiva dirigida por Claude Duchet y P. de Commarmond

Exhaustivo análisis del racismo contemporáneo y su emergencia en los más diversos campos.

ALTURAS, TENSIONES, ATAQUES, INTENSIDADES - Juan Carlos Paz.

Las memorias del genial músico argentino.

y también **DIARIO DE UN HOMOSEXUAL** de Giacomo Dacquino**DIARIO DE UN EDUCADOR** de Jules Célma. **EL IDIOMA DE LOS****GATOS** de Spencer Holst. **LA INMACULADA CONCEPCIÓN** de Bréton yEluard, y la reedición de **OPERACION MASACRE** de Rodolfo Walsh.

EDICIONES DE LA FLOR

Lavalle 1569, 2º, 217
Buenos Aires

elena jordana desnudo neoyorkino

ciudad en que vivimos casi todo escritor y casi todo artista tienen, en mayor o menor grado, algo de farsantes, y casi todo lector o espectador, algo de snob; pero esto tiene más que ver con las clases burguesa y media, únicas que tienen acceso al arte, que con el Arte en sí. Las "formas de conciencia" de que hablaba Marx, inamovibles a lo largo de la historia, presentan la existencia de clases como una fatalidad en lugar de aparecer como en realidad son: como utilizadas por la clase poseedora para ejercer su dominio sobre la clase desposeída y mantener permanentemente el desequilibrio. (Basta un ejemplo: la violencia que ejerce la prensa de derecha sobre los movimientos armados: una violencia que se basa nada más que en valoraciones "morales"). Dada esta relación y este "apoyo mutuo" entre "existencia de clases" y "formas de conciencia clasistas", resulta, más que lógico, necesario que desaparezcan estas formas de conciencia en una sociedad para que realmente (y no sólo en forma nominal) desaparezcan las clases. No veo que la literatura, y el arte, puedan entrar en este esquema. El arte, la necesidad del hombre de crear objetos artísticos, nace antes de la existencia de clases y se desarrolla al margen, o contra, el Estado. Es cierto que, ya que no puede prescindir de la realidad en que se desarrolla, mientras existan clases el arte —por lo menos la literatura— estará condicionada por esa existencia; que Kafka, Sartre, Miller, Arlt, son, entre otras muchas cosas, el producto de una realidad alienada y alienante, del mismo modo que Sa-de, o Diderot, o Choderlos de Laclos, lo fueron de una sociedad abrumada por convencionalismos y mitos. Lo que habría que preguntarse ahora, para concretar un poco este asunto del "sentido" y el "futuro" de la literatura es: 1) Si estos libros no han incidido, a su vez, sobre las sociedades enfermas que los han producido, 2) Si la literatura, o el crear nueva literatura, perderá su razón de ser en una sociedad que ya no esté enferma.

En cuanto al segundo interrogante diré que, personalmente, no me interesa darle una respuesta. Vivimos en la Argentina y nuestra sociedad está lo bastante en-

ferma como para que, aún si los problemas sociales fueran el único móvil para hacer literatura, estuviéramos bastante motivados. Creo, por otra parte, que en un mundo donde la producción estuviera racionalmente distribuida y la propiedad privada no existiera, el hombre seguiría enamorándose, sintiéndose solo a veces, que tendría enemigos, amigos, miedo de morir, ganas de morir, pesadillas, recuerdos divertidísimos, necesidad, cualquier buen día, de interrogarse hasta la raíz de su estar vivo. Y todas

estas cuestiones, y otras que se me escapan, sugieren, que si es por falta de temas, la literatura no va a desaparecer jamás. "Con una organización socialista de la sociedad terminan, en todo caso, las sujeciones del artista a la estrechez local nacional, que proviene únicamente de la división de trabajo (...) ya no habrá pintores sino hombres que, entre otras cosas, pintan" (Federico Engels: La ideología alemana). Seguramente, pero este futuro no significa la muerte del arte sino

(Pasa a Pág. 27)

TENGO MIEDO

a que la canilla gotee y me despierte antes de hora
a que en el lavadero no limpien bien mi ropa
a llegar al trabajo con demora
a que la gente piense que mi falda es demasiado
[larga o demasiado corta
a que mis compañeras noten mi uña rota
a comer más calorías que las que mi sistema absorba
a no comunicarme con la computadora
a que mis amigos sospechen que no he leído los
[libros de moda
a que la psicoanalista no apruebe que yo practique
[yoga
a olvidarme de poner sal en la sopa
a comer sola
a que el televisor se descomponga
a que las píldoras para el insomnio no me hagan
[efecto ahora
a que mi vecina (que es loca)
insista en repetir la absurda historia
de que una noche yo salí al balcón ebria y sin ropa
agitando un diario que decía MUJER ASESINADA
y gritando:
yo vi cómo la amenazaban
la vi forcejear desesperada
vi que miraba mi coche esperanzada
y sentí un miedo tal que aceleré la marcha
me podrían acusar de encubridora

ELENA JORDANA. — Es argentina. Vive, no demasiado a gusto, parece, en EE. UU. Inventó, dirige y hace a mano, las bellas ediciones Villa Miseria (nombre humorístico que alude a los precarios materiales en que las imprime), colección donde ha publicado S.O.S., AQUÍ NEW YORK, su primer libro, y un anti-poema de Nicanor Parra, LOS PROFESORES.

FRANCISCA AGUIRRE

2 poemas

*y fui con él al mar: era
tan suya como mío
Itaca y yo fuimos al minoturo acuático
para pedir socorro
y el mar nos respondió: socorro.
Triste fiera: socorro*

FRANCISCA AGUIRRE (Paca Grande). — Nació en Alicante, está casada con Félix Grande. Una tarde, en Buenos Aires, nos dejó sin aliento con la lectura de ITACA, un inquietante y trágico poema tejido por casi 50 poemas; varios, de lo mejor que sobre el amor y sus muchas laceraciones ha escrito una mujer. ITACA, después, ganó el premio Leopoldo Panero, entre 103 libros. La noche que nos enteramos, Paca, te pusimos un tango en la victrola y te honramos, a la antigua, con vino.

FIESTA

*Cae el domingo sobre mí,
cae
con esa lentitud de las cosas finales,
también con esa descomposición
de las cosas sin causa,
de lo que vive sin objeto,
de lo que empieza en algo que se cierra;
cae
como una lluvia fina
desde un cielo sin nubes:
llueve el domingo para nadie,
como un suceso desmentido,
como un cadáver que tuviera fiebre:
cae
y también caigo yo,
y cae tal vez el mundo,
y todo cae hacia no sé qué sitio,
y como un río va cayendo,
o simplemente como un domingo cae,
como un número abandonado
que perdió su sentido
cuando abrimos la mano
para que la hoja blanca
resbalara de nuestra palma hacia la tierra.*

TRISTE FIERA

*En la noche fui hasta el mar para pedir socorro,
y el mar me respondió: socorro.
Fui hasta el mar y lo toqué
con cuidado, como se toca un animal equivoco,
un animal que se come la tierra
y en su límite último intenta confundirse con el
[cielo.
Fui hasta él con la inerme disposición
con que nos acercamos a lo desconocido
esperando encontrar una respuesta mayor que
[nuestra dolorosa pregunta.
Antes había yo mirado toda mi isla
para llevarla conmigo hasta su sal.
Había agrupado todo mi territorio en la retina*

EDUARDO ROMANO

poema

*Mis mejores amigos amantes consejeros
parecen enojarse si les digo
que he puesto de cabeza con rabia ciegamente
la buena poesía en una bolsa
la he tirado también por el balcón, a pedacitos,
le he dado franco el jueves, Plaza Italia,
pegada contra el vidrio empañado de mi vida
la he puesto a secar a sonreír
para que todos los chicos mayores y alguien más
se crean firmemente que triunfamos.
Allí se quedará desnuda, a la intemperie,
y pasará las horas como un perro de agua entre los
[ebrios
o morderá mendrugos sin dientes de la noche
mientras llora por mí, con sentimiento.
Pensar que me quería seducir con sus pechitos,
con su panza de novia analfabeta.
Adiós la cenicienta poesía,
esa hipócrita vieja que sueña obscenidades.
Adiós la siseñuta palabarrera,
nadie te extrañará moriremos en fin será lo mismo.
No sufran, sin embargo, mis amigos,
ella no acaba toda renacen del silencio sus manías,
se cuele por el odio, el vicio, las ausencias,
se mete por el hueco que abrieron los amores,
por los resortes rotos de la vida en común.*

EDUARDO ROMANO — Entre los numerosos hombres que en la década del 60 han comenzado a publicar libros de poemas, uno de los (no tan numerosos) poetas auténticos. Es autor de 18 poemas (1961). Entrada prohibida (1963). Algunas vidas, ciertos amores (1968). El poema que ahora publicamos pertenece a su próximo libro, que aparecerá este año en Ediciones Noé.

marta
lynch

CUENTO

sentencia

Los pies iban lentos, casi desgana-
dos, y a poco de seguirlos noto el
cansancio, la familiaridad con las
baldosas y esa certeza de tener co-
nocido cada tramo en una dirección.
Dió vuelta por la esquina de la fá-
brica. Los pies aplastaron un trozo
de vereda donde crecían los yuyos
y luego se aquietaron contra el cor-
dón. Eran pies planos, anchos, mal
calzados, con el dedo gordo que for-
ma un nudo y el taco del zapato
gastado hacia la parte interior.

Los pies también sabían trabajar.
A veces se hundían de punta en el
borde de la ingla o machacaban las
costillas o el hueco posterior de la
cabeza. La cabeza, entonces, entraba
a sangrar.

Me dijeron que tenía una cicatriz
en la jeta, que andaría por los cua-
renta y tantos y que sabía pegar.
Con la cicatriz localizada ya era
más fácil. Quizá tendría callos por-
que a cada rato detenía la marcha
y hacía como que estiraba los dedos
dentro del zapato; inclinándose mi-
raba ávidamente aquel par de feos
pies que lo arrastraban. Vestía de
marrón y en la mano derecha lleva-
ba un diario cuidadosamente arrolla-
do; de vez en cuando levantaba el
brazo y golpeaba su cuello con el
diario; o parecía canturrear. En tal
caso el rollo de papel se sacudía so-
bre el borde del muslo.

Ambos caminaban por una parte
de Belgrano a la que llamaban Bajo
y habían salido de la fábrica, mejor
dicho, había salido el de los malos
pies, porque el otro —el perseguidor—
apareció justamente detrás de un
plátano donde esperó dos horas.
Atento al silbato de salida, el vigi-
lante de guardia no reparó en nin-
guno de los dos. Era pleno Enero y
hacía calor, humedad, no había alma
viviente que se hubiera negado
a cruzar la calle, hasta el café pa-
ra beberse una cerveza.

La chica dió la información lle-
vándose la mano a la boca como si
quisiera comprobar que hablaba. Mos-
tró una boca seca y diminuta, apa-
rentemente consumida de tanto llo-
rar y cavilar. No era fea. Estaba
prolija y limpia, pero él no dejaba
de mirar, fascinado, la boca inquie-
ta dándole los datos precisos, la di-
rección de la fábrica, la hora de sa-
lida.

—Aparenta trabajar pero vigila y
luego, a la noche, lo demás, explicó
la muchacha temblando siempre.

Ahora cruzará Monroe, pensó el
hombre y a lo mejor lo dijo porque
un chico que dibujaba con tiza sobre
las baldosas levantó los ojos y lo in-
vestigó. Se trataba de esperar que
oscureciera y en el verano la noc-
ca como desgana. A esa hora algu-
nas mujeres salían a la puerta de
la casa y una pareja de viejos en
camiseta se había instalado contra
la pared, uno en un banquito de co-

cina, el otro en una silla hamaca.
Aparentemente los hombres siguieron
su mismo camino por casualidad, a
unos treinta y tantos pasos de dis-
tancia, a lo largo de las calles ar-
boladas. Si era por paciencia, el ten-
dría toda la que se necesita y aún
más. La prueba es que lo había se-
guido el día anterior perdiéndolo
cerca del picadero de la calle Sucre.
Se había volatilizado y con los es-
tribos también perdió las esperanzas.
No debía olvidar que el hombre per-
tenecía al Cuerpo y que quizá tam-
bién a ellos los habían entrenado.

—Dicen que los estrenan con pe-
rros y con los comunes, siempre.

Una compañera de la fábrica in-
siste en que ella vió a éste y al ru-
bio de la seccional —el bajito, sabe?
el que anota en la máquina— que
los vió dándose a un muchacho reci-
en llegado de Tucumán, marcado
casi enseguida. Lo habían encerrado
en el garage de composturas, el del
tapicero, y allí, dale que dale, se
oían los sopapos y los gritos, luego
los cabezazos del muchacho contra
la pared. Dice la mujer que era co-
mo picar una pelota contra el as-
falto mojado. Un ruido biando ¿en-
tiende? y así estuvieron. Y luego
también, con Rufina, que levantaba
tipos en Libertador. Todos lo vieron.

Recordando, apretaba el paso y te-
nía que pararse en seco porque si el
otro entraba a sospechar habría per-
dido la oportunidad de la tarde. Y
esa vez, la tarde era como su vida.

—Se me va la vida, pensó.

Era un tipo rubio, de buen porte,
con las mejillas chupadas y el pelo
espeso sobre la frente y las patillas.
Sacó un cigarrillo y lo encendió y
al hacerlo se chamuscó un dedo y
entonces todo a la vez, soltó el fós-
foro, maldijo y probó el tabaco ávi-
damente. La tarde de Enero no ofre-
cía más alternativas que un vaso de
vino en el bar o acaso una cerveza.
Y luego la vereda donde se conser-
va el fresco de los árboles y la cla-
ra noche, aterciopelada, antes de
dormir. Casi no cabía la persecución
en los cálculos de nadie y hasta el
que iba atrás, por momentos, se ol-
vidaba de todo y hubiera deseado
terminar el caso a la vuelta de la
esquina, a la vista de los muchachos
que esperan las salidas de las obre-
ras, en el turno de la noche.

—“Este se condenó a sí mismo, pen-
só el rubio. Fué él quien la empe-
zó. Terminaré por apretarle el cue-
llo antes de que caiga la noche; y
podré respirar tranquilo”. Regresaría
a la casa. Entonces su mujer le pre-
guntaría en qué había pasado la
tarde y se sentiría en paz como des-
fogado.

—Pero antes me pondré de frente
para que me vea bien: mirame, le
diré, soy el padre de Miguel.

Ya lo veía preocupándose, con una
arruga de espanto y de inseguridad

MARTA LYNCH. — Junto
con Rodolfo Walsh, David Viñas,
Juan Gelman, el doctor Roan-
do García y otros intelectuales
y científicos, forma parte de la
Comisión Nacional de Investiga-
ción y Denuncia de la Tortura
en la Argentina, organismo que
viene intentando alertar al país
sobre los procedimientos crimi-
nales de la represión y de las
siniestras “brigadas” parapoli-
ciales. “Sentencia”, el cuento que
hoy publicamos, más que como
texto literario debe ser juzgado
como una derivación de esa mili-
tancia. El tema de la tortura,
ya se sabe, tiene un antecedente
notorio en nuestras letras. Casi
podría afirmarse que la narra-
tiva argentina se fundó descri-
biendo una vejación. Que a 120
años de “El Matadero”, análogo
asunto (pensamos en “Un solo
cuerpo mudo”, de Viñas, “La
promesa”, de Costantini, “Esta
noche, reunión en casa”, de
Battista), siga manteniendo una
oprobiosa vigencia documental,
lleva a reflexionar no precisa-
mente sobre literatura. “Sen-
tencia” fue rechazado por algu-
na publicación, no importa cuál:
es sabido el rígido criterio es-
tético que las caracteriza a to-
das.

cruzándole la cara al mismo tiempo
que la cicatriz. Pero esta vez nada
le borraría el terror. No habría tiem-
po ni oportunidad que borrara na-
da que no fuese la tarde clarita,
levemente rosada, las primeras fin-
tas de las sombras.

—¿De quién? diría sin creerlo to-
davía.

Y él se ocuparía de vocalizar:
—De Miguel, cabrón.

Llegaban al paredón de la calle
Montañeses y le extrañó que el hom-
bre hubiese elegido ese camino, jus-
tamente hoy. Más le hubiera conve-
nido tomar por Monroe hacia Ca-
bildo, pero como si lo teledirigiera
la muerte, los pies cansados se
arrastraban por el borde de la ace-
ra sorteando la basura, la pelota con
que jugaban al fútbol los chicos, las
mujeres con los cubos de agua. Para
asegurarse tocó la amplia culata en
el bolsillo que rozaba el corazón y
esquivó un perro que lo venía olfa-
teando.

Habían entrado como trombas en
la habitación que compartían. Miguel
dormía acomodado en la cocina. Pe-
ro todo estaba limpio y fregado y
ellos tres formaban un núcleo bien
compacto: la patrona, él y su mu-
chacho, estudiante de la secundaria.
Y cuando Miguel entró a trabajar
en la curtiembre del Bajo, las cosas
mejoraron todavía. Los sábados por
la noche salía con la chica de la
boca preocupada y, el resto de las
noches, salía también, o lo visitaban
compañeros.

—Tengo que ocuparme del país,
viejo, dijo Miguel el día de Reyes,
tengo que ocuparme de las cosas.

Las cosas eran la miseria, la or-
ganización, ciertos deberes.

Como trombas y la mujer gritó
que la casa era muy decente y que
al hijo no le pusieran una mano en-
cima.

—A veces se nos va esta mano,
dijo uno de los tipos.

—Tiras, viejo, le avisó Miguel y
poniéndose los pantalones le avisa-
ba: la libreta, viejo, nos botonearon
en la fábrica.

Los recién venidos ya estaban tra-
(Pasa a Pág. 22)



En los últimos tiempos se puso bastante de moda entre los intelectuales, y aún entre los artistas, cuestionar el sentido del arte. Vos, ¿para qué pintás?

Primero me interesó mi yo físico, luego el dolor físico de los demás; luego, fui pintor. Y es posible que la temática de mi trabajo tenga algo de esa mezcla. Decirles para qué, sería como decir qué busco. Y lo que yo sé es que un artista no busca ni su felicidad física ni la felicidad física de su prójimo. Elige escarbar dolorosamente dentro de sí mismo, busiéndose para encontrar su verdadero yo. Más allá de mí está el saber si en esa búsqueda tocaré fondo, si mi pintura será la de un artista o un intento fracasado. Para eso se pinta: para intentarlo. Como única manera de romper los hilos que nos manejan en este gran teatro de títeres que es nuestro querido planeta.

¿Intentarías explicar tus "monstruos"?

La pintura no es un calefón que necesita instrucciones para su uso. Mal cuadro es aquél que se puede "explicar". Por eso no me interesan los reportajes. Y si los contesto es porque soy vanidoso.

¿Y por qué exponés?, ¿por vanidad?

No. Expongo porque todavía hay alguna posibilidad de que mi trabajo llegue a hombres, y no sólo a idiotas que se asustan cuando ven reproducidos los órganos sexuales sin llegar a comprender las posibilidades plásticas que tiene una vagina o que en ese órgano puede haber tanta angustia como en una mano de Soutine o un rojo chorreante de De Kooning.

Dijiste "asustar". ¿Te gusta asustar? ¿Por qué?

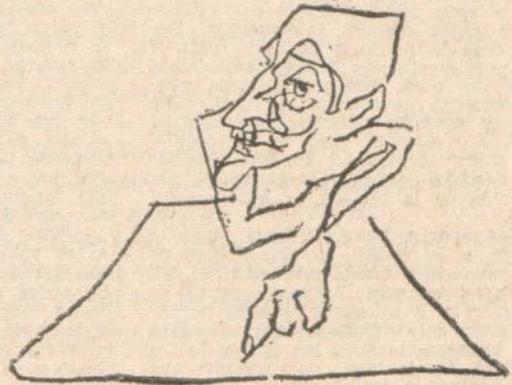
Pág. 20 — EL ESCARABAJO DE ORO

HECTOR FERNANDO GARCIA. — Sanpedrino desde 1939 (año en que nació), García no es lo que las buenas señoras llamarían un joven bien educado. En su taller tiene escrita esta frase de Gauguin: "Lo feo puede ser bello; lo bonito nunca". Como se notará en el reportaje, le gusta escandalizar; le gusta que sus cuadros no gusten. Vive un poco a contramano: en Estados Unidos, el país de las washing-machines, se ganaba la vida como lavacopas; también como limpiador de baños; también fue aceptado como miembro de la Whittier Art Association y obtuvo la Mención Honorífica de Whittier Art Gallery, pero esto no parece contar mucho para él. No es hombre de muchas cosas: lo que más tiene es talento.

reportaje a

HECTOR FERNANDO GARCIA

Porque es una manera de llegar a lo poco de corazón que todavía le queda a esa masa amorfa y opaca de oficinistas felices, sociólogos de café, anodinos



profesionales de progreso rápido, sindicalistas traidores, usureros de todos los colores, estúpidos aficionados, bufos que no encuentran fondo.

PLASTICA

Cada ejemplar de este número del ESCARABAJO lleva, en separata, un grabado tuyo hecho con una técnica muy especial. Hablamos de eso.

La técnica clásica del grabado a estudié hace unos años con esa gran grabadora que es Mele Bruniard. Luego, por consejo del escultor Pedro Suárez, tuve la suerte de encontrarme con el poliuretano, material ideal para mi expresión. Bautizamos ese tipo de grabado con el nombre de poliuretano-grafía. Creo que es la primera vez que se utiliza ese material para el grabado. En fin, esto no tiene demasiada importancia. La cuestión no es descubrir técnicas nuevas sino descubrirse a sí mismo.

¿Cuáles son tus influencias?

Aprendí mucho viendo a Goya, sus caprichos y sus pinturas negras; a Chain Soutine; a Emile Nolde. Indudablemente también aprendí de Carlos Alonso. Pero, sobre todo, de Van Gogh: el padre de todos nosotros, como una vez dijera Vlaminck.

Hace un tiempo te vimos en una exposición tuya. Se te veía indeciso de semblante, tenías como un aire a las Dos Carátulas. Explicanos.

Crear cuesta mucho, mucho más de lo que se supone. Desde el alma, y el estómago. Se está solo hasta el llanto: años y años oliendo aguarrás. Por eso me revienta que algunos se paren menos de cinco minutos delante de un cuadro y huyan horrorizados; pero como eso me resiente, también es lo que más



me gusta. De qué otra manera se puede llegar a esa masa amorfa de que hablábamos hoy, mastica-da, digerida y excrementada por un mundo que ya no sueña.

¿Qué harías si no pintaras?

No podría hacer otra cosa, pero tampoco me gusta pintar. Pintar, para mí, es como cuando un canceroso mira su radiografía. Pero claro, si tuviera cáncer querría saberlo. Y decirlo. Por eso, aunque me duela, quiero pintar ahora pues temo la derrota que me puede convertir en un triste hombre feliz. Aunque no importa la derrota, sino la actitud. La actitud de Espartaco, de Cristo, de Van Gogh, de Guevara: eso admiro. Dejar las entrañas en la obra: eso quiero.

¿Podés vivir de la pintura?

Si, de la pintura al látex y del esmalte sintético, porque trabajo en una ferretería. ¿O se referían a mis cuadros? No, cuadros no vendo casi nada. He pensado seriamente en pintar o grabar sobre pizzas, así por lo menos me los puedo comer.

HISPAMERICA

Dirige SAUL SOSNOWSKY

REVISTA DE LITERATURA — N° 1

TEXTO SOBRE

CORTAZAR - MARECHAL - MACEDONIO

Entrevista a David Viñas

FICCION

BIOY CASARES - DENEVI

KORDON - ALICIA STEIMBERG

4330 Hartwick Rd. Apt. 608
Collese Park - USA

**LIBRERIA
LORRAINS**

Ahora en Corrientes
con Paraná

Nos. atrasados de
EL ESCARABAJO
DE ORO

LEA

El Juguete Rabioso
Nuevos Aires
Momento
Ensayo Cultural

y si le queda plata,
lea.

**EL ESCARABAJO
DE ORO**

**CASA
de las Américas**

la revista de literatura más
lúcida y completa de Latinoamérica

Dirige: Roberto Fernández Retamar

Suscripción: 3 dólares canadienses

Vía aérea: 8 dólares canadienses

**G Y TERCERA, VEDADO
LA HABANA — CUBA**

Marta Lynch

(de Pág. 19)

bajando limpio y bien. Primero, a la madre que boqueaba como si le faltara el aire.

—Usted debe saber en lo que anda su hijo y es una lástima, créanos, delincuentes, vagos, reas. —¿Usted no lo sabía, señora?

Ella no sabía nada que no fuera fregar y pasar miserias y querer a su hijo.

—¿No lo sabía? ¿No se lo contó?

Y entre tanto revisaban el armario, daban vuelta la ropa, barrían con el puño los libros acomodados sobre la mesa de noche. La lamparilla daba sobre la cara de Miguel y lo hacía tético, más viejo.

El padre se estrujó la garganta hasta que el escupitazo fue violento y denso. Hizo como que buscaba el sitio y abrió la puerta escupiendo larga y satisfactoriamente. La libreta rodó hasta una blanda de jazmín que crecía como por casualidad en un cantero.

—Cerrá la puerta, dijo secamente el más empecinado.

Ya nada quedaba por voltear. Quizá el florero y la pava de agua, mugrienta por el calor del gas. Habían apilado cuidadosamente lo que consiguieron como prueba y sin embargo la mujer tuvo coraje; se enfrentó con el de la inquina y hasta intentó hacerle comprender. Pero el tipo la miraba con el mismo asco con que apiló los cuatro o cinco libros, los papeles garabateados con planos y la lista de edificios principales en el barrio X.

—Vamos, dijo sin acalorarse.

Pero la madre se le fue encima con un montón de reproches, tan perturbada que sin proponérselo empezó a gritar. ¿Qué es lo que hacían ellos? Ya les había dicho que su muchacho era decente, trabajador como el que más y buen hijo por añadidura. La mueca de imparcialidad era más repulsiva que la de agresión. Cuando trataba de infundir confianza nadie hubiera sabido decir si el requisador gruñía o se burlaba.

—Usted no sabe, señora, insistió cachazento— él se lo puede decir. A ver, decíle a tu madre en lo que estás. Decíselo para que sepa. Decíle lo de la organización, machito.

El padre sintió un golpe de sangre detrás de las orejas. Las mandíbulas comenzaban a dolerle y también el borde de las sienes.

—Oiga, usted no puede. Realmente, le digo que no puede.

—Vinimos a ver, repitió otro de los tipos, y hemos encontrado de todo.

—Ustedes colocaron esos papeles en el cajón, ahora al entrar, dijo Miguel.

Pareció como que se le abalanzaría, allí nomás.

—¿Qué decís, machito? ¿nosotros, decís? Estás medio dormido, machito, habrás estado soñando.

—Vamos, dijo el que perdió primero la paciencia.

Llegaban al fin del paredón y los tres planos no mostraron deseo de warar. El purísimo cielo de Enero se aclaraba hacia el fondo de la uadra; siempre ocurría con la humedad de Buenos Aires que hacia eroso y sedoso el aire, untuoso el espacio y el hueco de cada estrella algo más allá se veían las primeras ramas del bosque de Palermo y una fila de automóviles con las lucecitas, como brasas de cigarrillos, las prie-

as parejas, complacidas, siempre en rance. No sería posible hacerlo a la vista y paciencia del amor y caía la posibilidad de que el otro hubiese advertido la persecución, que, como ayer y anteayer, se esfumara contra el corralón de Sucre. Quizá había dado en caminar, no más, por Montañeses hasta Dragones, luego un par de cuadras. En la calle Echeverría el barrio se hacía más cecente, había casitas chatas y prolijas y un farol de luz de mercurio que iluminaba bien. Rozó de nuevo la culata. Se revisó los nudillos tensos por llevarlos apretados durante mucho tiempo. Y sin embargo, esa parte del barrio era bonita, se recortaba del Bajo, con sus cuatro Villas Miserias, los bares de lata y los terrenos baldíos en los que no se aventuraban los vecinos. Cualquiera hubiera vivido allí con gusto, él mismo y su mujer podrían ocupar esa casita inofensiva tan tranquila bajo la tarde de verano como si en el interior no pudiese ocurrir nada que no fuese favorable. Allí no les hubiera resultado fácil abrir la puerta a patadas. En esa casa habría baño decente y un par de habitaciones. El y su hijo habrían completado el pago de la estufa a garraña y de la heladera, a plazos. El hombre halló que vivir en aquel sitio tenía algo que ver con la buena suerte de su hijo. Pensándolo tuvo ganas de llorar y otra vez el dolor que sintiera cuando el tipo dió fin a su paciencia y dijo: Vamos.

No era fácil tratar con estos nuevos forajidos aunque él ya fuera baquiano dentro del Cuerpo. Era un chico blando y lindo. Pero no como los que usaban —a veces— para las porquerías. Solamente lindo y blando. Ellos los alistaban con el nombre de estudiantes pero eran obreros, empleados inciertos, carne, al fin. Y la madre rezaba a gritos y ahora les pedía que dejaran en paz al hijo con una voz chillona y estridente que lo ponía nervioso. Hizo una seña al patrullero que había quedado en la esquina para no alarmar a los vecinos. Aunque en ese barrio estaba de más tanta precaución. En fin: para que no los fueran a amasiar aprovechando que los dos vigilantes de civil se habían recostado en el portón y trataban de fumar tranquilamente. Hizo la seña y el automóvil se desplazó en silencio; apagó la luz roja que oscilaba sobre el techo: ahora llevaría al muchacho y comenzaría la requisita en otra parte, le búsqueda en aquella noche de verano sería larga y penosa. Pensándolo se sentía enojado. Aquella tarea se le antojaba dulce solamente cuando tenía entre ceja y ceja alguna mujer en perspectiva. Parecía como que le aumentaban las ganas. Pero ahora solo tenía en la casa a su mujer, pesada y fofa. Y sintió una cólera sorda por aquellos muchachos que se rebelaban. Y ¿por qué se rebelan estos comunistas? pensó, aguantándose las ganas de orinar. ¿Qué es lo que veían mal, si podía saberse? Pobres y ricos habría siempre. El mismo era tan pobre que a veces no tenía con qué pagarse el hotel ni un par de medias a la chica. Sus hijos gastaban sus zapatos y comían como langostas. ¿Y a quién le iba a reclamar? ¿Podría saberse a quién? Si él estaba en el mismo bote que los comunistas; si querían saberlo, todos eran pobres, solo que él no era un bastardo ni un marica ni un rebelde al cuete sino un tipo bien plantado, decente. No sabía por qué el olor a limpio del muchacho aumentaba su irritación. Lo veía todo rojo cuando el que caía en la reda-

da era como éste: lindo, bien trajeado, correcto hasta para subir al patrullero. Y sin embargo, "eran asaltantes, delincuentes comunes, ratas que minan nuestra sociedad", solía decir su comisario cuando tomaba el vermut de las siete de la tarde. Ya en el segundo vermut decía cosas peores, y, sin embargo, era en esa forma excitada como se hacían los mejores trabajos.

La madre forcejeaba todavía con el que quedó en la puerta y vio la cara de terror del marido, espiando por la ventanilla hasta el último momento. El puñetazo vino con fuerza y la mandíbula del muchacho crujió como la cáscara de un huevo.

—Yo te voy a dar, nene lindo, grandísimo hijo de puta. ¿así que tu vieja había sido puta no mas? ¿así machito, que anotás el plano de la comisaría para dárnosla? ¿Cuándo, machito? ¿Deci, cuándo? ¿Con quién?

No cabía llegar a la comisaría porque su compañero había estado inactivo en el procedimiento y ahora lo golpeaba nuevamente como si las ganas le hubieran quedado apretadas en el cuerpo. Las mismas ganas que él sentía por todas las mujeres que no fueran la suya. Al tercer golpe sintió la sangre del muchacho en el borde de la mano y se asustó:

—Ché, esperá a llegar.

—No espero nada, cuanto antes mejor; de ese modo nos acostaremos más temprano. A ver deci, putito, ¿quiénes están con vos?

Le pegó tres veces: en la boca que sangró, en el pecho que crujió, en el estómago que le arrancó un quejido hondo y grueso como si fuera un animal.

Ahora el hombre había vacilado frente a la luz del bar y el que iba detrás creyó que lo hacía para confundirlo, hasta creyó que miraba en su dirección pero el hombre solo parecía ansioso por beber. La luz le dió en la cara y esos rasgos desvaídos, apenas descubiertos en la sombra del automóvil que partía, le hicieron latir fuerte el corazón; no podía equivocarse. Nadie podría equivocarse por más oscuro que hubiera estado aquella noche. Durante tres meses rastreó a su hijo por comisarías, destacamentos, puestos policiales. La vida se le había convertido en una larga antecámara en la que repetía aquella frase contundente, fría ya por gastada:

—Ustedes tienen a mi hijo. Ustedes saben donde está.

—No debiste pegarle de ese modo, dijo el comisario cuando bajaban al muchacho del patrullero. Pero el de los pies anchos entraba a enfurecerse cuánto más trabas se le ponían al trabajo; había que hacerlos hablar, no? ¿Cantar? Y bien: que lo dejaran actuar, caramba.

Arrastraron al muchacho hasta la plectra con los enchufes y los cables. Pero resultó flojazo y casi no pudieron saber nada de él; ni la fotografía hubiera servido porque su cara blanquita y tersa ya estaba contraída por la tumefacción. El labio inferior, partido, sangraba en tres pedazos; por el agujero de los dos dientes que faltaban ahora, le silbaba la lengua hinchada. Aún sin sentido, llevaba la mano hacia el estérno golpeado.

—No debiste hacerlo antes de llegar, le dijo el comisario.

—Estoy cansado de perder las noches por estos pendéjitos, contestó. Usted necesita respuestas ¿no es cierto? Está el asalto del banco de

Cabildo y las chaquetas robadas en la guardia y los planos de la Comisaría, no? Sé de memoria cuanto hacen estos pendejitos. Solo es cuestión de ganar tiempo para hacerlos hablar.

—No debiste, dijo el comisario mirando de reojo el aparato de la televisión encendido en el match de box del Luna.

—Aquí no podrá ser, pensó el perseguidor— yo lo ví bien cuando se llevaba a Miguel y ya está condenado. Pero aquí, en el bar, bebiéndose una ginebra, no podrá ser. Antes tiene que verme bien y saber quién soy.

—Soy el padre de Miguel, cabrón.

—De quién?

El espanto le comería la voz y los últimos restos de coraje.

—Yo soy el padre del chico que mataste a puntapiés.

A fuerza de pensar en ella, ya le parecía una frase vacía de sentido.

Durante la primera semana, cuando aquel abogado le hizo las averiguaciones, había sufrido una bola de fuego quemándole los intestinos, luego el pulmón, siempre la garganta. Abrazado a su mujer había rugido largamente, los audífonos debieron llegar hasta la calle. Primero la sorpresa tal como si el mundo estuviese flotando, sin caer, como el de los astronautas, sin ruido, sin roce, sin final. Y luego el dolor asaltaba escrupulosamente limando, masticando las entrañas, interrumpiendo el curso de la vida. Tanto había aullado que ahora las frases estaban muertas dentro de él:

—El padre del chico que mataste, cabrón.

Ahora su hijo —el hijito— estaba en paz, al abrigo de la miseria y de los mismos torturadores. Ya no tenía nada que temer y hasta en su última hora tuvo coraje y dignidad, así le dijeron, como si uno pudiese llevar a casa, de regreso, la dignidad y el coraje.

Desde el portón que se abría en ochava vió al de los grandes pies beber hasta saciarse. Luego se limpió la boca con la manga y giró la cabeza comprobando la absoluta inocuidad de los que también bebían en el bar. Nadie lo miró. Era uno de tantos. Dejó la piata sobre el mostrador y salió a la noche retardando cada paso como si presintiera. Pero no había caso de presentimientos, porque de lo contrario ya lo hubiera leído en sus ojos cuando se inclinó por la ventanilla del automóvil para ver a su hijito por la última vez.

En cambio había descargado los golpes en la boca, en el esternón y en el sexo. El que perseguía hizo una sana asociación: la chica. El sexo de su hijo colgaba exánime entre sus piernas contraídas. El sexo de su hijo había sido una cosa saludable y casi sagrada. Veinte años atrás la madre y él lo bañaban a diario, en la cocina, en una palanganita blanca con el borde azul, descascarada. El sexo de su hijo parecía flotar en el agua jabonosa y tibia y ellos dos bromeanaban acerca del futuro, el futuro de aquella cosa humana, saludable y casi sagrada. Le habían introducido primero la varilla hirviente, luego la electricidad. El chico se dobló en dos —lo suponía— se encendían sus orejas, sus testículos, sus ojos. Cuando lo imaginaba, los gritos de su hijo parecían llegar hasta el televisor, desde el que Ulises Barrera relataba la pelea. Lo escarbaron: el pescuezo crujió sobre la mesa de torturas y el hombre que ahora dejaba el bar pa-

ra retomar la marcha era el más empecinado de todos.

—A ver, a ver, bastardo ¿así que tu madre había sido puta no más? deci bastardo ¿con cuántos? ¿con vos también, machito? ¿Así que esto es lo que te servía con las hembras? Te servía, machito, porque de aquí en adelante...

—Luego el año, dijo el abogado, muerto de angustia. Luego el año y las tetillas y el sexo nuevamente. Pero.

—No debiste meterle tanta electricidad, dijo el que requisara los libros, un poco asqueado— quizás no estaba bien.

—A los veinte años, ¿no jodás?

Y nuevamente:

Quizá no debí, pensó saliendo del bar, no sabía por qué se acordaba del pendejo ahora. Había tantos como él. Y no es que la familia pudiera hacer gran cosa. Solo ocurría que el padre mostraba una paciencia, una constancia, una terquedad inagotables. Casa por casa, seccio-

nal por seccional, cada comisaría. No dejó titeres con pié, rincón por revisar, hasta lo sacaron por la televisión. Escuchaba resonar el espinazo del muchacho y no podía quitar la picana, no podía detener los golpes, era como si estuviera por culminar una buena encamada. Y nadie lo diría viéndolo caminar ahora, tomarse su ginebra, hacer de contador en la fábrica desde la que botoneaba. De alguna forma hay que imponer el orden cuando en el país al orden lo subvierten los cabrones. Ahora entiendo por qué me dolían las manos, se me despellejaron. Me lo sacaron casi muerto. El médico había llegado hecho una lástima. Hasta él, de común tan impasible dijo: otra vez, Rodríguez? No hay noche que se pueda dormir tranquilo con usted. ¿Cree que así va a parar la cosa?

Así o de otro modo la pararía. Que para eso él estaba en el Cuerpo, con los instructores, bien adiestrado y protegido por la Institución y por la gente de conciencia. ¡Si siempre se



editorial LOSADA

PABLO NERUDA

Geografía infructuosa

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

Viernes de dolores

Ultimas obras de los Premios Nobel latinoamericanos

NOVELISTAS DE NUESTRA EPOCA

Jorge Amado: **Tienda de los milagros**, 328 págs.

La obra más reciente del brillante y fecundo narrador brasileño autor de las memorables **Gabriela, clavo y canela** y **Doña Flor y sus dos maridos**.

Jesualdo: **El garañón blanco**, 156 págs.

Evocación de una infancia feliz en tierras uruguayas y de un personaje inolvidable, el padre, que estructura este relato.

Mario Sexer: **La perinola**, 176 págs.

Crítica demoledora a toda sacralización, en particular a la mediocridad ensalzada por los medios de comunicación de la sociedad de consumo.

Antonio Olinto: **La casa del agua**, 320 págs.

Un nuevo valor de la actual narrativa brasileña.

Raymond Queneau: **El problema**, 280 págs.

La obra más importante de uno de los mayores escritores franceses contemporáneos.

Jorge Icaza: **Atrapados**. (tres tomos)

La última obra del celebrado autor de **Huasipungo**.

LOS FUNDAMENTOS DE LA CULTURA

Crane Brinton: **Historia de la moral occidental**, 558 págs.

LAS LITERATURAS DEL MUNDO

Raffaele Cantarella: **La literatura griega clásica**, 544 págs.

Raffaele Cantarella: **La literatura griega de la época helenística e Imperial**, 484 págs.

Alsina 1131 - Buenos Aires
MONTEVIDEO - SANTIAGO DE CHILE - BOGOTA

Marta Lynch

había apretado un poco! Desde la colonia.

-Hay que ver, rezongó el doctor agachándose sobre el chico.

Se puso verde; luego ceniciento.

-Traáme la valija, animal, rugió. Debí ponerle una cara especial porque el médico se mordió los labios, se corrigió enseguida:

-La valija, por favor.

Pero la inyección no entraba.

-Está muerto, dijo el médico.

Quizá no valía la pena. Si en cada redada se esforzaba tanto terminaría la carrera antes de los cuarenta y cinco.- Y luego ¿qué? ¿Qué recurso le daría la policía, luego, la nación?

El hombre que seguía los pasos del primero pensó que le habían hablado del peso de los héroes.

Pero él solo recordaba el baño diario de su hijo cuando calentaba la cocina en el invierno, cuando el pequeño cuerpecito salía del agua tibio y colorado. O la cara con que le avisó: la libreta viejo nos botonearon. O el beso rápido del sábado a la noche antes del cinematógrafo. Los héroes pesan más en el movimiento y de esa forma es como los pueblos marchan de prisa. Debi tener más cuidado, pensó Rodríguez ¿Por qué precisamente se acordaba del pendejo? Había tantos como aquel, habría tantos todavía! La noche. También a su pellejo le vendría bien la noche de verano y con la noche una oleada de perplejidad luego de deseo. Una chica. Eso es lo que le vendría bien a esta hora. A cualquiera le venía bien una hembrita al comienzo del verano. Eso sería bueno. Olvidaría el trabajo, el nuevo asalto a la agencia de turismo, el vigilante baleado frente a la Seccional, las noticias de aquella confusa rebelión. Vamos: un centenar de forajidos, hijos de mamá.

-¿Por qué hablará a solas ese hombre?, preguntó una vieja que se abanicaba a la puerta de la casa.

-¿Dice usted que está muerto? preguntó el padre poniéndose de pie.

El abogado era joven, lúcido buen tipo; casi no podía pestañear de confusión. -Así es, Fermín. Lo hicieron desaparecer. Ahora le dirán que no lo tienen y será verdad.

Estaba mas flaco que cuando lo estudió en el patrullero tres meses atrás. Como lo vió sentado no advirtió lo de los pies aquel defecto que lo hacía caminar como si pisara brasas. Apuraba el paso y seguía lo que dijera la novia de su hijo, el tipo vivía en la calle Mendoza cerca de la barrera clausurada. Y para mejor, ya la gente había comenzado a entrar en sus casas y las veredas brillaban a la luz de neon, solitarias. La chica no era hermosa como su hijo pero se querían y él y su mujer los escuchaban reír cuando regresaban del cine, por la noche, alguno que otro sábado. Y ella también asistía a las reuniones y ponía una cara extraña, como corajosa y presumida. El sexo de su hijo habría valido oro para la muchacha que le avisó esa tarde, hacía unas pocas horas, una vida:

-Esta tarde, don Fermín, saldrá a las siete, sigalo, don Fermín.

Ahora se le acercaba, casi se le fue encima y era raro comprobar la sordera del otro, la ceguera. Seguía su camino, con los lentos pasos perdi-

dos y, sin embargo, en segura dirección. No le haría gracia ver de nuevo esos ojos inflamados que se le apagaron bajo la picana; porque el chico había tenido los ojos de Fermín, siempre lo decía su mujer, tus mimitos ojos. Y el tipo recordaría cómo es que se le habían apagado mientras él bruteaba entre golpes y mordiscos y la electricidad y los dientes que se le escurrían con los pedazos de pulmón la sangre y la saliva ¿Cómo puede un ser humano guardar tanta sangre, tanto pulmón tanta saliva?

-¿Decis que saldrá a las siete?

-El muchacho se les muirió, dijo el abogado.

Pero el de los pies anchos como si no oyera en el mundo nada que no fuese el ruido sordo de su corazón, de sus pasos, de sus ingles inflamadas por ese deseo, que en el acto parecían desinflarse, que le servían apenas. El perseguidor miró el reloj: las nueve y veinte. Justo Habría tiempo de dar por terminado el trabajo y rozó la culata del revólver.

-¿Dice que murió doctor?

De haber sabido que el padre haría tanto lío, se hubiera cuidado un poco. Pero era cuestión de esperar que los diarios se callaran. Al fin y al cabo, ¿quiénes eran? Obreros; un ferroviario de provincia un obrero de la tejeduría. Habría que esperar que se aquietara la ola; y tener que encerrarse a dormir ahora con la patrona obesa y fofa que aguardaba aún con la comida. Ni una mujer siquiera, ni una mujercita que valiese la pena. Aunque hubiera que presionarla un poco para que se dejara hacer sin paga previa.

-Créame, comisario el grupo de éste no se mueve más.

El muchacho tampoco se movía desde que empezaron con el año.

-Qué bárbaro, dijo el médico. En el consultorio, tenía colgado el diploma y a veces, cuando veía a su mujer pasándole el plumero, sentía ganas de tirarlo a la basura.

Cerró la valijita con un golpe seco más brusco que de costumbre.

-Yo no extiendo este certificado dijo saliendo de la habitación. Pero no haría la denuncia. Nadie la haría. ¿De modo que el padre del muchacho ha comenzado a mover el asunto?

Ahora su hijo estaba muerto. En la cocinita aún estaba tendida la cama que ocupaba y su mujer le había lavado cuidadosamente el par de camisas nuevas, las medias, el pantalón de brin de las vacaciones. En el armario se veía la pasta de afeitarse y el peine, color blanco, con dos dientes menos. El pelo de su hijo era sedoso espeso, rubio.

-Yo creí que el tipo tendría más agallas, le dijo luego a su mujer. Ambos tenían las manos y las cabezas juntas.

-Balaba como un carnero, dijo el padre.

Y ella, con ansia:

-¿Y sufrió? ¿Estás seguro que sufrió?

Seguro. Primero se le acercó despacito aprovechando un cerco de madera y la pequeña pirámide de arena que amortiguó aún más sus pasos. Se le puso a tiro y casi lo tenía a su merced cuando comenzó a hablarle en voz muy baja de modo que el otro pudo escucharlo y se volvió. No había podido acostumbrar sus ojos a la obscuridad de la que procedía la voz, cuando recibió el puntapié en el vientre. Luego la recia rodilla sobre el pene enseguida el golpe con la matraca en la nuca.

Sangró suavemente cayó como un actor frente a las cámaras y Don Fermín ya no fue el perseguidor si no el padre que le preguntaba:

-¿Y Miguel, cabrón? ¿Te acordás de Miguel?

Y una vez que hubo caído le hundió limpiamente la hoja del pequeño cuchillo de monte que casi llevaba olvidado en el bolsillo del viejo pantalón. Se la hundió en el cuello y junto con la vida que se le iba al otro, recobró el aliento de la suya al menos para contarle todo el desenlace a su mujer.



COMPANÍA GENERAL FABRIL EDITORA S.A.

Hipólito Yrigoyen 1582 — Buenos Aires
Teléfonos 40-7011/12/13

Alvarez Gardeazábal, Gustavo - LA TARA DEL PAPA	\$ 10,50
Tizón, Héctor - EL CANTAR DEL PROFETA Y EL BANDIDO	en prens.
Chamico - CUENTOS	\$ 11.—
Beauvoir, Simone de - TODOS LOS HOMBRES SON MORTALES	en prens.
Trobo, Claudio - DORSAL DIEZ	\$ 12,50
De Miguel, María Esther - EN EL OTRO TABLERO	en prens.
Montale, Eugenio - ANTOLOGIA	\$ 10.—
Pessoa, Fernando - POEMAS	\$ 10.—
Alberti, Rafael y León, María Teresa - POESIA CHINA	\$ 12.—
Kovadloff, Santiago - POESIA CONTEMPORANEA DEL BRASIL	en prens.
Daumal, René - CLAVICULAS - DE UN GRAN JUEGO POETICO	en prens.
Traducción de Aquiles Ferrario y Jorge Lebedev	
Yupanqui, Atahualpa - EL PAYADOR PERSEGUIDO	\$ 7.—
Yupanqui, Atahualpa - EL CANTO DEL VIENTO ..	\$ 12.—
Zea, Leopoldo - ESENCIA DE LO AMERICANO ...	\$ 10.—
Eliade, Mircea - TECNICAS DEL YOGA	\$ 12,50
Zum Felde, Alberto - DIALOGO CRISTO-MARX ..	en prens.
Wilkie, Collins - LA PIEDRA LUNAR	\$ 14.—

LOS TEXTOS DEL



UNICORNIO

Inauguramos en este número la **SECCION PERMANENTE: "Los escritores y el fútbol"**, que incluirá materiales gráficos, notas y comentarios de los escritores más representativos del mundo contemporáneo



SARATO, FOTO "GENTE"

Primera entrega:

ALBERT
CAMUS

lo que le debo
al fútbol

Sí, lo jugué varios años en la Universidad de Argel. Me parece que fue ayer. Pero cuando, en 1940, volví a calzarme los botines, me di cuenta que no había sido ayer. Antes de terminar el primer tiempo, tenía la lengua afuera como uno de esos perros con los que la gente se cruza a las dos de la tarde en Tizi-Ouzou. Fue, entonces, hace bastante tiempo, de 1928 para adelante, supongo. Hice mi debut con el club deportivo Mont Pensier, sólo Dios sabe por qué, dado que yo vivía en Belcourt y el equipo de Belcourt-Mustapha era el Gallia. Pero tenía un amigo, un tipo peludo que nadaba en el puerto conmigo y jugaba water polo para Mont Pensier. Así es cómo a veces la vida de una persona queda determinada. Mont Pensier jugaba a menudo en los jardines de Manoeuvre, aparentemente por ninguna razón espe-

cial: El césped tenía en su haber más porrazos que la canilla de un centofoward visitante del estadio de Alenda, Orán. Pronto aprendí que la pelota no viene hacia uno por donde uno espera que venga. Eso me ayudó mucho en la vida, sobre todo en las grandes ciudades, donde la gente no suele ser siempre lo que se dice derecha. Pero al cabo de un año de porrazos y Mont Pensier, en el Lycée me hicieron sentir avergonzado de mí mismo: un "universitario" debe jugar con la Universidad de Argel, R.U.A. En ese período, el tipo peludo ya había salido de mi vida. No nos habíamos peleado, sólo que ahora él prefería irse a nadar a Padovani donde el agua no era tan pura, ni tampoco, para ser sinceros, eran tan puros sus motivos. Personalmente encontré que su "motivo" era adorable, aunque bailaba muy mal. Lo que me parecía insoportable en una mujer. ¿Es o no el hombre quién debe pisarles los dedos de los pies? El tipo peludo y yo nos prometimos volver a vernos. Pero los años fueron pasando. Mucho después comencé a frecuentar el restaurant de Padovani (por motivos puros) pero el tipo peludo se había casado nomás con la parálitica, quien, seguramente, le prohibía bañarse, como suele ocurrir.

Pero ¿qué es lo que estaba diciendo? Ah, sí: el R.U.A. Yo estaba encantado. Lo importante para mí era jugar. Me devoraba la impaciencia, del domingo al jueves, día de práctica, y del jueves al domingo, día del partido. De modo que me uní a los universitarios. Y allí estaba yo, arquero del equipo juvenil. Sí, todo parecía muy fácil. Pero no sabía que se acababa de establecer un vínculo de años, que abarcaría cada estado de la provincia y que nunca tendría fin. No sabía entonces que veinte años después, en las calles de París e incluso en Buenos Aires (sí, me ha sucedido) la palabra R.U.A. mencionada por un amigo con el que tropecé me haría saltar el corazón tan tontamente como es posible. Y ya que estoy confesando mis secretos debo admitir, por ejemplo, que en París voy a ver los partidos del Racing Club, al que convertí en mi favorito sólo porque usan las mismas camisetas que el R.U.A. azul con rayas blancas. También debo decir que Racing tiene algunas de las mismas excentricidades que el R.U.A. Juega "científicamente", como decimos, y científicamente pierde partidos que debería ganar. Parece que esto ahora ha cambiado (eso es lo que me escriben desde Argel), al menos en lo que el R.U.A. concierne. Necesitaba cambiar —pero no mucho; después de todo, era por eso que quería tanto a mi

equipo, no sólo por la alegría de la victoria, tan maravillosa cuando está combinada con la fatiga que sigue al esfuerzo, sino también por el estúpido deseo de llorar en las noches después de cada derrota.

Como zaguero estaba el "grandote", quiero decir Raymond Couard. Le dábamos bastante trabajo, si mal no recuerdo. Jugábamos duro. Los estudiantes, los nenes de papá, no se privan de nada. Pobres de nosotros —en todos sentidos— ¡muchos nos busiábamos de la dureza de nuestros propios pies! No teníamos más remedio que admitirlo. Y teníamos que jugar "deportivamente", porque esa era la Regla de Oro del R.U.A. y "firmes", porque, cuando todo está dicho y hecho, un hombre es un hombre. ¡Difícil compromiso! Eso no puede haber cambiado, estoy seguro. El equipo más embromado era el Olympic Hussein Dey. El estadio quedaba detrás del Cementerio. Ellos nos hicieron notar, sin piedad, que podíamos tener acceso directo. En cuando a mí, pobre arquero. Vinieron por mi cadáver. Sin Roger, lo que hubiera sufrido. Estaba Boufarik, ese centro-forward grande y gordo (entre nosotros lo llamábamos Sandía) que siempre venía a caer con todo su peso justo encima de mis riñones, sin tener en cuenta el resultado: un masaje-collisión con sus zapatos de fútbol, la camisa tirada hacia atrás de un manotazo, las rodillas sobre las partes delicadas, un sandwich contra el poste... En resumen, una flagelación. Y cada vez Sandía se excusaba con un: "Lo siento, nenito", y una sonrisa franciscana.

No voy a seguir. Ya me excedí de mis límites. Y entonces me pongo reblandecido. Hasta en Sandía veo bondad. Además, seamos sinceros, bien que nos tomábamos la revancha. Pero sin trampas. Ya que esto era lo que nos habían enseñado. Y a esta altura no quiero seguir bromeando. Porque, después de muchos años en que el mundo me ha permitido variadas experiencias, lo que más sé, a la larga, acerca de la moral y de las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol. Lo aprendí con el R.U.A. Esto es, en resumen, por qué el R.U.A. no puede morir. Preservémoslo. Preservemos esta gran y digna imagen de nuestra juventud. También estará vigiándolos a ustedes.

Con esta entrega clausuramos definitivamente nuestra ya tradicional sección: "Los escritores y el fútbol". Creemos haber cumplido, en medida de nuestras posibilidades, lo que nos propusimos al iniciarla.



Aburrimiento y...

(de Pág. 13)

ne de la sangre, va a la sangre y llega al corazón.

Cada veintidos horas, en esta ciudad de Santa María de los Buenos Aires aparece un libro (o dos según los días), escrito sin sangre, y que llega al formol.

Uno piensa: por lo menos hubieran puesto algo de vida, un ramalazo apasionado y distinto, aunque más no fuera en el título. Pero no. El aburrimiento tiene su terquedad, y entonces se llaman, palabras más, palabras menos:

"Desvelada Alba", "Ramillete de tristezas", "Hojas iniciales", "Pregón de soledad", "Las horas infinitas" "La cenefa y las horas", "El cairel y el peltre", "Bagaie en soledad", "La soledad y la víspera", "Nisperos de infancia", "En vísperas de tu nombre", "La lámpara aterida" y "Aterido Noviembre".

Ojo. Esto para las poetisas y poetas, enrolados en la originalidad de la poesía que puede ser sin rima, pero mejor aún, rimada.

Los poetas comprometidos con el hombre de este tiempo, lo solucionan todo metiendo la palabra hombre a toda costa y a raja cincha: Cantos del hombre; De lo que está en el hombre; Hacia la vuelta del hombre; o dando vuelta la veleta a Buenos Aires: Norte Sur-Buenos Aires; Cielo azul Buenos Aires; Mundo tu Buenos Aires; Mundo el Buenos Aires.

Ustedes dirán:

—El flaco éste no quiere a nadie.

—Al final no hay poesía que le venga bien.

—¿Quién se cree que es? ¿Thomas Mann?

—¿Qué tiene que ver el título?

De acuerdo. A veces el título no tiene nada que ver. Pero qué casualidad. Qué casualidad que los títulos siguientes correspondan a libros donde sí está la poesía:

Velorio del solo; Ahí va Lucas Romero; A la sombra de los barrios amados; Mediodía por dentro; La musa de la mala pata; Otoño imperdonable; Buenos Aires por la cabeza; A pesar de todo; Número impar; Mejor matar esa lágrima; Diez y punto; Y vendrá la muerte y tendrá tus ojos.

Porque de la tapa al colofón, del título al ex-libris, el libro es una actitud: vital o momificada, imprescindible o idiota, opiosa o alucinada.

Plantar un árbol, tener un hijo, escribir un libro.

Plantar un árbol, está bien; tener un hijo, estupendo; pero el refrán dice: escribir, no dice publicar. Además dice: un libro, no catorce. Además dice: (como dice Victorcito), se puede hacer el hoyo y meter el libro junto con el arbolito, y meterle tierra arriba, y preocuparse mejor por el hijo, que el niño lo merece todo.

Curiosamente, quien nos inició en la síntesis literaria, fue el profesor de historia. Era juez de crimen y se llamaba Fúster.

.. "—Las madres espartanas, alumnos,

cuando el hijo partía para la guerra, le entregaban el escudo, y le decían: .. "Con él, o sobre él".

¿Y saben por qué, alumnos? Porque al guerrero que moría, lo traían sobre el escudo y se lo llevaban a la madre".

Con él o sobre él: cinco palabras y ningún problema kilométrico. Con él o sobre él: cinco palabras donde están la vida, la muerte, el valor, la cobardía y el adios.

Los griegos decían: los héroes mueren jóvenes. Y los griegos eran sabios. Hacían morir jóvenes a los héroes, para que después de muertos, pudiesen venderlos siempre la misma imagen. Querían evitarles la humillación, el bochorno de la edad provecta. No querían ver a sus héroes, deambulando por los boliches, aburriendo a todo el mundo con la historia de sus hazañas, contando otra vez las mismas cosas que ya todos conocían.

Querían evitar que los jóvenes se codeasen entre ellos de mesa a mesa diciendo al ver entrar los héroes al café:

—Sonamos, cayó Prometeo. Este tipo me da en el hígado.

No perdonarían a Héctor, el de la ampolla en el talón. Ni al pobre Belerofonte, del cual dirían esto:

—No mires, Miguel, que ahí entra el del caballo.

Por eso, los dictadores y los demagogos, los líderes y los sicópatas manejadores, arrastraron a la gente. Porque sabían que vale más una bella mentira, que una verdad aburrida. De ahí que mientras los politicastros seguían hablando de "los baluartes de la nacionalidad"; "nuestro estilo de vida" y "los manes sacrosantos de la patria"; ellos decían una sola palabra: "Volveremos", o tres: "Perón o Braden".

O "Manteca o cañones", o simplemente prometían: "Sangre, sudor y lágrimas".

El mundo está enfermo de palabras. La gente no quiere aburrirse. La gente quiere que le hablen al oído, o que le hablen a los gritos. En una palabra: la gente no quiere estar sola.

Decía Jean Genet que la vida es una gran tiniebla alumbrada por cuatro o cinco destellos. Entre esos cuatro o cinco destellos, está el cuento que todo ser humano ha querido que le cuenten alguna vez.

Entre esos cuatro o cinco destellos, está la gran literatura.

Lo demás, como dice la propaganda, es lo de menos: gente que sabe mucho, que cita tremendos libros que uno no conoce, y que además no va a conocer nunca, porque un escritor, mágicamente encontrará al paso de su vida aquellos libros que necesite. "Más has dicho, Sancho, de lo que sabes —dijo don Quijote— que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que, después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria".

No importan un ardite al entendimiento ni a la memoria las cosas escritas sin dolor, sin alegría, sin demonios, sin necesidad. Y entonces

aquí llegamos a una conclusión: todo lo aburrido es inútil.

Cuando de Lellis dirigía "Ventana de Buenos Aires", venía a verlo cantidades industriales de poetisas, munidas de sus largos poemas que invariablemente comenzaban así: "Hoy me siento etérea...", o "Hombre gris de mirada triste..." o "Estoy soía y al alma..." Eran todas mujeres grandes, con hijos, con maridos profesionales. Mujeres muy pintadas, indecisas y tímidas. Parecía como si estuvieran pidiendo permiso para vivir. Alargaban su papelito con un gesto conmovedor de último acto, donde se adivinaba la vuelta tardía a las ilusiones perdidas, el último golpe de timón que quisieron darle a sus vidas. Invariablemente, de Lellis leía como si le fuera a estallar la atención. Arrugaba la frente, doblaba el poema, fruncía la boca, hacía un largo silencio y después, invariablemente, al tiempo que se lo entregaba, decía: "Tiene cosas".

Nunca especificó qué cosas. Pero todas se iban muy contentas.

Indudablemente, el humorismo es una forma de la piedad. Y el humorista, es como esas tías gordas que todos tenemos, que siempre las echan de los velorios porque se rien del muerto.

Un humorista, es un escritor que se ríe de nervios.

Un enfermo de lucidez.

"El dolor es un momento muy largo" —dijo Oscar Wilde.

El humorista no espera que pase el momento, ni que termine el dolor. Le sale al paso. Y en la sonrisa conserva su recuerdo.

El humorismo es una lágrima no enjugada —dijo Kereblit, y él recuerda quien lo dijo.

Y quizás, para no olvidar que un día fuimos esclavos en Egipto, el cuento de Bernardo Jobson, una joya de ironía y de piedad, que no va a premiar ningún jurado con rancho, se llama justamente: Te recuerdo como eras en el último otoño.

Por eso el humorista es cruel con los demás y les recuerda el divieso debajo de la espalda, el grano en el lugar que, como los nombres del señor, no se puede nombrar en el país de los jurados nacionales.

Por eso se ríe de las nalgas ajenas. Porque es tremendamente despiadado con los glúteos propios. Sabe que de lo sublime a lo ridículo hay un solo paso. Asiste atónito al encadenamiento sucesivo de la estupidez humana, y quiere cambiar los eslabones. Entonces fabrica otra realidad: la del absurdo, la del disparate, la de la crueldad.

La desesperación puede llevarlo a la muerte, pero la sonrisa lo rescata.

Y en un mundo, en un país de chantas, donde manda quien no tiene que mandar, enseña quien no tiene que enseñar, publica quien no tiene que publicar, en la mufada región del alma donde los jóvenes son descreídos, los maduros están cansados, y los viejos ni siquiera tienen fuerza para ser nostálgicos, el humor sublima al dolor y entrega a la gente, la irónica sonrisa de la piedad.

LA LITERATURA como poder

(Viene de pág. 17)

su renacimiento: en la sociedad en que vivimos hay pintores, y escritores, que, **entre otras cosas abyectas**, pintan y escriben.

En cuanto a si la literatura inside o no en la sociedad, hay numerosos análisis, más meticolosos que el que se podría hacer acá, que encaran la influencia que, para bien o para mal, tuvo la literatura en los cambios históricos. Yo no intentaré ese análisis; iré a lo seguro: la literatura (creo que eso nadie se animaría a negarlo) es parte de la cultura; incide, al menos, como un brazo en el ser humano: porque está. No es necesario probar (aunque sería posible, como es posible probar cualquier cosa) que el hombre habría sido capaz de desarrollarse con un solo brazo, o con tres; lo cierto es que se ha desarrollado de esta manera, y no de otra, porque tiene dos brazos. Esta afirmación es incuestionable; claro que instala a la literatura como a un árbol: no refuta su pasividad. Para refutarla bastaría demostrar que, por lo menos a un hombre, la lectura de **El Capote**, del místico Gogol, le hizo cambiar la visión del mundo. Digamos que ese hombre existió: era Tolstoy; comprendió el sentido —su sentido— de la literatura y escribió **Guerra y Paz**. Para saber cómo influyó **Guerra y Paz** en Lenin, basta leer a Lenin. Para saber cómo influyó Lenin en la historia del mundo, basta leer los diarios, hoy.

Se dirá que el ejemplo es algo intrincado. Puede ser; pero ilustra con bastante realismo cierta manera de actuar de la literatura. Contemos además a todos los que leyeron **El Capote** y no escribieron **Guerra y Paz**, a los que leyeron **El Capote** y siguen tan reaccionarios como siempre, y a los que no leyeron **El Capote** ni a Lenin, pero decidieron dar su vida en la lucha revolucionaria convencidos por alguien que sí había leído a Lenin, que a su vez fue influido por Tolstoy, que a su vez fue influido por **El Capote**, de Gogol, y tendremos una idea todavía más completa de cómo puede actuar la literatura. Acción un poco laberíntica, no lo discuto, pero ¿acaso no nos marcó a nosotros? ¿Y no somos también nosotros, hoy, los que queremos cambiar nuestra histo-

ria? ¿Cómo explicarlo? A los siete años leíamos **El Príncipe Valiente** y **Sandokan** y **Robin Hood**. Parece mentira. Valiente servía al Rey Arturo, Sandokan se rebeló contra los ingleses, quizá, porque lo habían despojado de su propio principado; en cuanto a Robin Hood, hoy que somos "ideológicos" podríamos decir que su conducta paternalista sólo en apariencia solucionaba los problemas de los desposeídos, que este gran bandido engolosinaba al pueblo, le impedía tomar conciencia y, en suma, era una especie de reaccionario. Sin embargo a los siete años (aunque no habríamos sabido, ni hubiera hecho falta que lo expresáramos con estas palabras) estas lecturas nos llevaron a desconfiar por primera vez de las buenas costumbres que nos enseñaban en la escuela, según las cuales la justicia estaba de un lado y la violencia del otro: adquirimos un sentido clandestino —no confesable a los mayores— de lo que es la justicia. A los ocho años leímos **Huckleberry Finn** y aceptamos con alegría que los "malos" no siempre fueran los malos y que vivir honestamente podía volverse una cosa difícil. A los doce leímos **Los Miserables** y optamos políticamente; todavía no sabíamos qué significa "opción" ni entendíamos mucho de política, y el comunismo, para casi todos nosotros, era una palabra terrible que hay que pronunciar en voz baja; también ignorábamos que Victor Hugo tenía una idea excesivamente romántica de los problemas sociales. Simplemente nos pusimos del lado de Jean Valjean, y ya no pudimos volvernos atrás. A los catorce años leímos **Juan Cristóbal** y elegimos nuestro destino. A los dieciséis leímos Brand y el **Manifiesto**; el primero nos enseñó que no vale hacerse el loco ("si lo das todo menos la vida, has de saber que no diste nada"), el segundo ordenó y fundamentó nuestras "ganas de cambiar el mundo". Y aquí me detengo; esto se está volviendo quizá muy autobiográfico, ya lo sé. Y mi autobiografía, como la de muchos de nosotros, está bastante condicionada por una linda biblioteca en una confortable casa burguesa. A un cañero de Tucumán no le hicieron falta nuestras lecturas para saber de qué lado le

toca pelear. Y alguna antigua compañera de banco, que disponía de una biblioteca bastante parecida a la nuestra, hoy manda diapositivas en color de su precioso **cottage**, y le escribe a su madre que estaría en el paraíso aquí, en Detroit, si no fuera que hay tantos negros por acá y hay que tenerlos cerca para saber lo que son. ¿Entonces? Entonces me parece que es hora de que nos dejemos de bizantinismos. Y de discutir, muy ideológicos, si la literatura sirve o deja de servir. Un libro concreto puede o no servir a un lector concreto. Pero de qué modo le servirá, hasta qué punto podrá convencerlo a estar de nuestro lado, cómo lo ayudará a no ser un sinvergüenza, o a cambiar el curso de la historia, o simplemente a vivir, eso es un poco difícil de prever.

Ernesto Guevara, durante un momento de peligro en la Sierra Maestra, recordó a Jack London. Es bastante difícil que Jack London haya escrito sus libros pensando en una Revolución Cubana, pero algo es irrefutable: leer a Jack London no le impidió al Che pelear en Sierra Maestra. Y hasta le sirvió, según parece. Crear algo que le hable de los hombres a otro hombre, algo que merezca la pena ser comunicado, y encontrar la mejor manera de hacerlo, esas son nuestra responsabilidad y nuestra tentativa, en cuanto escritores. Escribir como si nuestras palabras fueran a ser recordadas y juzgadas, algún día u hoy mismo, en otra Sierra Maestra o en una fábrica o en la soledad de una pieza donde un muchacho está aprendiendo a vivir. Cuando algo así ocurre, eso es también lo que puede la literatura. Esta posibilidad no nos salva a nosotros, hoy, ni como hombres ni como escritores, pero al menos nos sitúa. Suena menos tranquilizador que "soy un escritor revolucionario" o "mi libro desmitifica y ayuda a enterrar al mundo burgués"; pero es un poco más real. Un libro no es un fusil ni un escritor es un guerrillero, así vengan exaltados por las más elocuentes postulaciones teóricas. Si seguimos eligiendo las palabras, tratemos, al menos, de que nuestras palabras sirvan para algo más que para documentar nuestra auto justificación.

COMO PONER UNA BOMBA

de la antología de EL ESCARABAJO DE ORO

SINÉ

